

Retablo de plegarias



FEDOSY SANTAELLA



Comité editor:

Néstor Mendoza
Geraudí González
Cristian Garzón

Fedosy Santaella
Retablo de plegarias



Esta edición se realiza bajo la Licencia Creative Commons. Incentivamos la difusión total o parcial del contenido de este libro por los medios que la astucia, la imaginación y la técnica permitan, siempre y cuando se mencionen las fuentes y se realice sin fines de lucro.

Diagramación: El Taller Blanco Ediciones
Contacto: eltallerblancoed@gmail.com
Impreso en Bogotá, Colombia, septiembre de 2019

Fedosy Santaella

Retablo de plegarias



COLECCIÓN Comarca Mínima

PLEGARIAS DEL TIEMPO DURO

DOLOR Y POESÍA

*All sings and syllables
of pain will be rephrased...*

MARK STRAND

Quizás haya que detenerse a pensar en el dolor. Aquel que punza en las ciudades y en sus almas, un dolor impuesto, del dominio, que pertenece a las perversidades del poder. No cesará, sin duda, pero quizás un poco el deber —y el derecho— del poeta para con él mismo y para con los demás, sea el de transformar ese dolor impuesto en un dolor propio, íntimo. Que duela sí, el país que duela, pero poéticamente. El dolor del dominio es un dolor que mata y se alimenta y se satura de odio. El dolor del arte es otro, es un dolor de transfiguraciones, íntimo, que cuidas en el cuidado de ti mismo. No hablo de escribir sobre ciudades y países que agonizan en medio del caos y que tan sólo son rescatados por la nostalgia del poeta, sino de escribir la ciudad o el país desde ese dolor de la transfiguración. Ese dolor que puede expresarse con la exquisita crudeza de Ajmátova o con la finura punzante de Zagajewski.

¿Cómo se logra tal cosa? Habrá que meterse allí, bajar, revolver. Habrá que sacar de la náusea materia para la belleza. La poesía sigue estando allá afuera. Sólo que el dolor es una luz negra muy poderosa. El poeta transforma esa masa oscura. Al lector puede dolerle el poema, es natural que así sea, pero su efecto no lo chupa, no lo anula, no lo devora ni lo somete a su coacción, a su dominio, a su poder. La sensibilidad

del lector hace suyo el dolor del poema, mientras que el dolor de los tiranos se apodera de las sensibilidades, las quiebra y las esclaviza. El dolor del poema se abre a la belleza, que no es cosa inútil, sino que ayuda a persistir, a sostener, a comprender que por encima del mal hay algo más, algo mucho más importante. Que persiste.

QUEBRADO

El país (quebrado) quiebra a cualquiera. El país quebró a mi amigo. Me escribe un correo, me cuenta que quisiera retroceder el tiempo, volver a nuestros años de universidad, a una de esas noches en mi apartamento, cerveza en mano, con nuestros compañeros de clases y de farra, conversando de todo y de nada, como sólo se conversa cuando se tienen veinte años o diecinueve. Que le hubiese gustado más sombra en su vida, menos prudencia. Me dice que no debió regresar de París. Que no debió volver para casarse tan joven. Se casó, se divorció, se jodió, volvió a la casa de sus padres. Sus maestrías, sus doctorados, sus reconocimientos no le sirven de un carajo. Se siente incompleto. Le gustaría sí volver a tener esa cerveza en la mano, conversar en el balcón y luego salir a la noche a hacer todo lo que dejó de hacer.

Le respondo sin saber bien qué le respondo. Le digo que cada cual hace lo mejor que puede con su oscuridad, que cada cual está conformado de distinta manera para tratar con ella. Hay quienes tienen una oscuridad que busca la luz. Hay quienes tienen una oscuridad que busca más oscuridad. Hay quienes tienen una oscuridad que se cuida a sí misma. Y hay quienes en vez de oscuridad tienen un vacío y apenas superficie. De estos sobran. En la academia, en la literatura incluso. En el poder están ahora, son los amos y señores. Los de la oscuridad que buscan oscuridad y los del vacío apenas superficie. Sobran, le digo, así que lo mejor que él y yo hemos hecho es no parecernos a

ellos. No ser como ellos. Si lo has logrado, has hecho bastante. Has dominado tu oscuridad y derrotado el vacío, y ya tu vida, nada más por eso, ha tenido sentido, ha valido la pena.

P Y EL MIEDO

Hace años P compró un apartamento nuevo. Estaba orgullosa de lo que había logrado con sus estudios y luego con su trabajo. Se tomó fotos en la casa nueva y las montó en Facebook. Sí, estaba orgullosa de haberse independizado, de salir del nido de madre, de vivir sola y de poder bastarse a sí misma. Hoy día, P siente que todo aquel mérito quedó a miles de kilómetros, en otra vida casi, en otro país que, sin embargo, sigue siendo el mismo donde ahora sobrevive.

Hace unas noches P escuchó a una mujer gritando, pidiendo auxilio. Nadie en el edificio hizo nada. Supone que todos, como ella, asumieron que se trataba de una de las tantas peleas domésticas de una pareja ya consabida. Él, un guardia nacional retirado, cercano a los cincuenta, ella un poco más joven, contadora. Al rato se escuchó un golpe sordo. Un golpe, así lo llamó P cuando hablamos. Al día siguiente, en la tarde, el hermano del guardia entró al apartamento por el balcón, sostenido a una cuerda. Había estado haciendo llamadas telefónicas desde la noche anterior, la del incidente, y no había recibido respuesta. Encontró a la pareja muerta. Ella apuñalada, él con un tiro en la cabeza. Habían discutido. Dicen que él la acusaba con frecuencia de infidelidad y al parecer ella había decidido dejarlo por fin. Él la apuñaló con un cuchillo de cocina, luego se pegó un tiro en la cabeza.

En otro apartamento, a un vecino lo ataron, lo golpearon sin clemencia, lo robaron. Fueron unos supuestos

albañiles que le habían ido a hacer un trabajo. Para colmo, tales albañiles habían sido recomendados por un amigo de la víctima. El hombre del apartamento estaba hospitalizado, grave.

Un muchacho que vivía tres pisos abajo murió por falta de medicamentos para tratarse un resfriado que terminó complicándose. Era un buen muchacho de rostro suave, relleno y mirada serena. Estudiaba ingeniería, estaba en el club de películas de ciencia ficción de la universidad. Le gustaba mucho la ciencia ficción. Eso le contó su madre a P en el velorio.

En la torre de al lado, un anciano de setenta y ocho años, harto ya de ser carga para sus hijos, de comer sobras, de no poder conseguir sus medicinas, se lanzó por el balcón de su apartamento en el piso nueve. Dejó una nota: «Mi país ya no es mi país. Lo siento, hijos. Por favor, que mis nietos no sepan lo que hice».

Ahora P tiene miedo de vivir sola. Ahora P tiene miedo del complejo residencial donde vive. Aquel orgullo de tener su apartamento, de hacerse su vida, mutó, se convirtió en algo feo, oscuro. Este es el dolor que inculca el poder. Un dolor con miedo, que quiebra.

VIDA

Él podría estar viviendo una vida, se dice. Podría estar pensando en bicicletas y caminos, en cines y en paseos nocturnos, diez, once de la noche, tomado de la mano de su mujer y de sus hijos. O pensar en dibujos, y hacerle menos falta la puta poesía.

Ayer salió vestido de negro. No sabe por qué lo hizo. Quizás por los muertos, como Johnny Cash. Se fue a la calle, al mercado y terminó haciendo una larguísima fila para comprar un par de bolsas de pan. Y luego de casi una hora, cuando llegaba donde repartían el pan, se lanzó, se lanzó desesperado, tan desesperado como estaban las damas y los caballeros que lo rodeaban y le arrancaban las bolsas de panes al empleado asustado, igual de desesperados que los demás.

En ocasiones piensa en los que se han ido. En esa furia que muchos hacen estallar en las redes sociales. Entiende su rencor, su ira. Después de tantos años, deben empezar de nuevo. No tienen tiempo para vivir una vida. Como tampoco él ni los que se quedan tienen una vida. Así de colosal es el hambre de eternidad de los Señores de la Cicuta que hasta se robaron el tiempo de todos.

A los muchachos que nacieron bajo el signo de la sombra, a ellos ni siquiera los robaron. Él, por lo menos, llegó a saber lo que era una vida. Hoy es algo así como un sueño. Como un recuerdo falso, como un olvido que miente. Los muchachos extrañan algo que nunca tuvieron. Luchan por algo que nunca han conocido.

Sus madres les cuentan esas historias en las noches muertas, sin electricidad.

Él podría estar viviendo una vida. Sus hijos, los muchachos muertos que nunca tuvieron la oportunidad, a ellos no sólo les robaron el tiempo, sino también el alma.

NO SE DETIENE

Déjame decirte, si no lo habías pensado, o si acaso pretendes olvidarlo, que la memoria de la muerte no se detiene en los restos de este muchacho. La muerte continúa y se adentra en los vivos. Está en la madre, que va a reconocer no al cuerpo, sino a su hijo, a su muchacho, a su niño. En ella está la muerte cuando recibe sus ropas manchadas, huérfanas, viudas. Está sí, en esa madre cuando sus manos tiemblan y sus piernas le fallan, y quiere caer de rodillas y gritar hasta morir ella también. La muerte no es una estadística más para tus glorias patrias; no, ella sigue viva en el padre, que afuera fuma un cigarrillo y mira al cielo de la noche, tratando de entender aquel pavoroso designio que lo ha privado de su hijo. Late y arde en el velorio y en el entierro, se adentra en cada uno de los presentes y raspa y raspa en la entraña. Continúa en los amigos con los que el muchacho habló de los primeros secretos de la vida. En la muchacha de los besos y las caricias, que lo amó y todavía lo ama. Continúa en el cuarto, en su cama. En sus cuadernos, en su morral, en sus zapatos. En el puesto vacío de la mesa, en la silla, en el espacio del sofá donde veía la tele por las noches con sus padres. En las fotos que le fueron tomadas cuando cumplió años y todavía le emocionaba soplar velas. Lamento decirte —en realidad no, no lo lamento— que la muerte no se detiene para que tú puedas dormir tranquilo. Sembrarla no es lo mismo que ser su dueño. Y no, no eres dueño de la muerte, tampoco del olvido.

TÚ TAMBIÉN FUMABAS

2017. Cuando se podía llegar a la universidad, se llegaba sin tráfico. Ibas porque tenías una oficina allá en el centro de investigaciones humanísticas. Porque necesitabas verles las caras a los profesores amigos, si acaso llegaban. El mundo, vaya ironía, parecía perfecto. Era como si el carro se deslizara sobre bandas de energía que te llevaban con suavidad sobre las vías. Ya en la Católica, el estacionamiento vacío, el silencio, como si hubiese llegado el fin del mundo. No te parecía tan mal aquello. Te gusta la soledad, aquel silencio de fin del mundo tenía algo de bálsamo. De falso bálsamo, porque luego entrabas al pasillo del tercer piso y ya de nada te servía. Ni un alma, ni un alma en el pasillo. Entonces la soledad y el silencio dejaban de ser agradables, y algo caía, un alud, desde adentro, y te derribaba.

Una vez, al principio de las protestas, subiste a tu salón. Te sentaste a esperar. Llegó una alumna. Esperaste unos quince minutos, le dijiste que podía marcharse. Luego te quedaste otro cuarto de hora, esperando sin esperar, esperando nada; sabías que no vendrían.

Hubo días que en la oficina tampoco aparecía nadie. Estabas unos minutos, recogías tus cosas, te ibas. No hacía mucho, ir a la universidad era una manera de continuar, de mantenerse. La Católica hizo de sus jardines su centro gravitacional; todo corre y gira (en presente, porque aún es así) alrededor de sus jardines cruzados por caminarias.

Los jardines, el frescor, los muchachos yendo y viniendo o sentados en los bancos, conversando, fumando, tomando refrescos, estudiando. Entrar a la biblioteca nueva era traspasar las puertas de otra dimensión, pisar esperanzas de futuro. Eso hacía la universidad en ti.

Tú también fumabas, caminabas, tomabas café. Almorzabas con los profesores amigos en la salita del centro de investigación. Las cosas estaban mal, iban a ponerse peor en breve y, por supuesto, ni ellos ni tú lo sabían. Jamás imaginaste que ibas a descubrir los pasillos así de vacíos, que el silencio, tu amado silencio, iba a terminar siendo una roca tan oscura en el medio de la luz beatífica que entra por los ventanales del tercer piso de la universidad.

CIUDAD SIN FAROS

Uno a uno, los faros se han ido retirando. Es como si se hubiesen fugado a una tierra otra donde la luz no padece el miedo de las jaurías del poder. Sólo queda un bosque de murallas que nos impele ciegamente hacia un aire premonitorio de dentelladas. La mole feraz de la ciudad sin faros, los puestos de control. Transitar, o más bien, salir al paso es toda una osadía, un azar sin santo y seña.

Al volante, un hombre, pequeño; su cabeza, sus pies, sus manos. En la medida que se aproxima, el tamaño del hombre se reduce. Al contrario, en la maletera, un cadáver se agranda y golpea, acusador y culpable, la carrocería. Quién sabe de qué culpable, quizás de las manos; de sus manos temblorosas, ahora sudadas. Quizás de la boca; de su boca seca y de sus palabras torpes que dirán sí... sí... señor... acá la cédula... acá la... la licencia... acá, acá sí...

Culpable del miedo, de tener miedo. Culpable siempre a través de la calima de una ciudad que acecha, de una ciudad sin faros y sembrada de puestos de control, como trampas-agujeros con perros, con serpientes, con fauces dentro, al fondo del pozo, al borde de la muerte.

LA NOCHE ES CADA VEZ MÁS OSCURA

(Martes 6 de febrero de 2018. Hubo un apagón en Caracas, catastrófico. El sistema de transporte colapsó. En las calles, multitudes caminaban. Todos, en silencio, ánimas en pena, volvían a sus casas, ya sin fuerzas ni siquiera para indignarse. Era de tarde, pero la oscuridad se sentía, de los bordes, hacia adentro, una catarata de la vista, un ojo que se va apagando. Desde hace rato la oscuridad está, carcome. Mucho antes del apagón, este hombre llevaba en sus huesos, como un cáncer, sus síntomas):

Uno

La noche es cada vez más oscura. Su claridad nace de lo que ocurre o no ocurre dentro de ella. Él sale de aquel edificio, de sus talleres de escritura que ya no lo alivian, y camina a través de una pleura enrarecida, como si sobre él pendiera el ojo de una gran bestia. Sube escaleras hacia otro edificio, macizo y severo en su silencio. Pasa entre de dos rejas de hierro forjado, altísimas, pesadas. En el vestíbulo, un vigilante tras un mostrador. La cabeza hacia atrás, la boca abierta. Es apenas un hombre tras un mostrador. Al mundo le da igual si duerme o si está muerto.

Dos

Llega al sótano desolado, sus llaves repican, y en alguna parte, el zumbido de algún extractor de aire adormece las columnas, las paredes, la línea amarilla del piso. Hay rocío en los vidrios de los carros, todo está

en sí mismo, todo descansa del día. Pero el reposo del sótano se ha vuelto miedo del hombre. Con todo, él piensa que quisiera vivir allí para siempre. «En un sótano, sí. Quisiera que llegara el fin del mundo. Quedar solo y arrancarme el emplaste. El hombre no sabe más que darle al hombre dolor».

Coda

Hace años, hace mil años, durmió en una cama en otro país. La casa quedaba en medio de un bosque. Y la noche era cerrada. Con los ojos abiertos, era ciego. Se sentía muerto. Un tren pitaba —palpitaba— en la distancia. Eso también era estar muerto. Los de la casa habían perdido la llave de la cocina y solían dejar subido el portón del estacionamiento. Pero no les importaba que no hubiera llave y que el portón estuviese levantado y que la puerta de la cocina fuese sólo una formalidad. Él en cambio no podía dejar de pensar que del garaje a la cocina había tan sólo unos metros, que de la cocina a la sala unos pasos, que de la sala a las escaleras muchos menos y que de las escaleras al cuarto donde hacía amagos de dormir tan sólo un respiro. Así que por las noches bajaba, bajaba tanteando paredes y se detenía en la sala y se bebía la luz de las ventanas, como buscando algún alivio.

Se sentía enfermo de su país.

Coda de coda

Hace poco, de vuelta a ese otro país, estuvo frente a una máquina que servía refrescos. No la comprendió.

Un puto aparato que servía bebidas. Un aparato de estos tiempos, uno cualquiera que su país desconoce. Su país retrocedido en el tiempo, con un presente en el pasado. No supo cómo usar aquel aparato. Tuvo ganas de llorar. Se sintió de nuevo enfermo de su país.

Tres

Sale con su carro a la calle, hacia la desolación. En la avenida, guardianes encapuchados piden dinero para la resistencia. No es posible saber si son quienes dicen ser. Todo se encubre, se confunde, miente y vuelve a mentir. Los encapuchados le dicen que no puede seguir. Ve gente adelante, un camión atravesado sobre la avenida. Los carros giran, van en contra sentido. Nadie concede amabilidades en los giros de la urgencia. Por fin lo logra la vuelta en U, gana otras rutas, la curva hacia la autopista. Son pocos los autos en la garganta de la autopista, las luces se queman en el aire, huyen sobre el negro asfalto.

Cuatro

Perfora el frío de la noche. Llega a su vecindario. Aún no son las nueve, pero ya no hay nadie en la calle. Cada vez menos carros duermen junto a las aceras. ¿A dónde se han ido los carros? ¿Las personas?

Pasa junto a la panadería, la deja atrás, aplastada en sombras al otro lado de los cristales. De hace un tiempo para acá ha empezado a cerrar a las ocho. Y da igual si está abierta, cerrada hasta mañana o clausurada. Ya no hay, ya no venden pan en las panaderías.

Sigue junto al parque, también se encuentra cerrado. Hace poco, una mañana, llegaron dos motos, y cuatro hombres con cascos y pistolas amenazaron y robaron a las ancianas y a las mujeres que hacían yoga. Una mañana fresca, una mañana de cielo y árboles. Una mañana llena de pájaros. Una mañana de yoga.

Cinco

La noche es cada vez más oscura, y él piensa en su niño, en su niña. Va en la noche hacia ellos, los necesita. Quiere el televisor y la lámpara de la mesita de noche. Va hacia su niño que está en la cama leyendo, hacia su niña que duerme. No la verá despierta cuando llegue, pero sabrá que está en su cuarto, resguardada. Y su mujer estará en la cama, y todo será tibio, y podrá por fin estar cansado y sacarse los zapatos.

Seis

Se asoma a la ventana, y piensa en la noche como un asecho. No, no la piensa. La noche es, en efecto, un asecho tan oscuro, tan denso, que pareciera inmóvil como una gran roca que con su mudez nos ahoga. Se asoma a la noche y no la ama. Piensa que le han quitado el amor a la noche serena. Ya nada se solaza en ella, no trae grillos ni corrientes lejanas, ni carros que pasan.

Ahora la noche tan sólo rezuma un rumor de gritos que vienen de abajo, de mucho más abajo, allá donde el miedo, esa gran roca.

Siete

La noche es cada vez más oscura. Su claridad nace de lo que ocurre, y no ocurre, dentro de ella. El miedo recoge temprano, cada vez se encienden menos luces en las calles, ya nadie camina ni ríe en la brisa. Nada ocurre, y cuando ocurre, lleva el plomo del mal. Nos está tragando, la oscuridad nos engulle.

LIBROS POR COMIDA

«Cambio libros por comida».

Leí la frase en Facebook acompañada de una lista de libros. El muro le pertenece a un señor mayor; no lo conozco, pero es un señor decente, o eso parece. Me pidió amistad hace poco menos de un año. Un abuelo de corbatín y bigote imperial. Un señor que, con toda seguridad, se esforzó durante décadas, educó a sus hijos y estuvo a su lado hasta que se hicieron adultos, independientes.

Posiblemente aquel señor ame la lectura, el conocimiento. La lista contiene libros de ciencia ficción, de literatura venezolana, hay también de física, de biología y de filosofía natural. Quizás en su casa tenga un estudio, una biblioteca dedicada a esos libros atesorados en la medida que iba haciéndose una vida. Su prosperidad, me digo, se traducía en libros. Aquella biblioteca, aquellos libros debieron ser su orgullo, el símbolo de una existencia lograda. Y ahora, ahora debe claudicar, cambiar sus libros por comida. Jamás pensó que llegaría a eso. Jamás pensó que se separaría así de sus cosas preciadas. Jamás lo imaginó, eso podemos tenerlo por seguro. Jamás, ni en sus más atroces conjeturas, imaginó que terminaría cambiando libros por comida. ¿Pero quién tiene comida para dar si todos estamos iguales? ¿Quién necesita libros y no comida en nuestro país hoy en día? Aquel señor de corbatín jamás imaginó que llegaríamos a esto.

DE LA SUSTANCIA FRONTERIZA

Las ventanas son máquinas de transfiguración. Me gusta observarlas y, aunque suene absurdo o a delirio, me ayudan a resistir. Las ventanas de los edificios en especial son excelentes para lo que pretendo. Me gustan las que corren completas, muros de cristales sin marcos demasiado intrusos. Me gusta, por supuesto, pensar el paisaje que podría verse desde el interior y la meditación que nace de la lontananza. No obstante, ahora prefiero hablar de la mirada hacia adentro.

Me gusta pensar en los muebles, en su distribución en la sala, y me gusta pensar, sobre todo, en la luz que entra y hace su juego con la sombra, cayendo sobre las cosas, no sé si aquietándolas, porque ya están quietas, sino más bien volviéndolas misterio, sustancia fronteriza entre este mundo y uno más leve.

Las ventanas, ya la he dicho, son máquinas de transfiguración, interlinean personas y objetos. Pero en este caso no pienso en las personas, sino en un sofá, un sillón, una mesa de centro, un jarrón, un Buda de madera. Todo es pulcro y todo es río y todo fluye en esa momentánea eternidad de luz y sombra que permiten las ventanas.

Muchas ventanas en Caracas van acompañadas de rejas. Del interior hacia fuera, la presencia de las rejas deja mucho que desear, estéticamente, al espectador. Pero si te propones otra mirada, y giras, y ves la luz que entra y cae sobre los muebles, entonces la reja sí

contribuye a la transfiguración. Sus barrotes, como dedos, se meten en el agua de la luz y hacen su juego sobre las cosas. Las rejas, entonces y qué ironía, serían engranaje fundamental de la máquina de transfiguración que son las ventanas. Porque ese transfigurar implica, de algún modo, también una liberación. La materia se despoja de peso, de vulgaridad y comienza a abrirse, a fluir en el río profundo que a veces brota y que los poetas llaman poesía. No la de los libros, no la que se escribe, sino esa experiencia que está libre de palabras y que el poeta, con apenas balbuceos, intenta llevar al lenguaje. Las ventanas tienen mucho que ver con eso. Así, mirándolas, resisto, y sigo, un día más.

INSTAGRAM (Y) EL MONSTRUO

Sí, ya sé cuán terrible es el monstruo o los monstruos del algoritmo corporativo que quieren tus datos y tus gustos para venderte publicidad y para vender tus datos a los poderosos, etcétera. Pero, en mi caso, Instagram se me ha convertido en una forma de mirar. Con mi teléfono celular e Instagram cambio la mirada hacia, reenfoco, me salgo del espacio habitual, y llevo de nuevo mis ojos y el mínimo lente de mi cámara de celular hacia la poesía de las cosas, o lo que yo creo que es la poesía de las cosas. No soy un fotógrafo profesional, en lo absoluto. Sólo fotografío lo que me va llamando la atención. Principalmente lugares y objetos. Sólo dejo que la foto sea, después le pongo algún título, que dependerá del momento que atravieso. En las horas más aciagas de 2017, le tomé fotos a los candados que me iba encontrado por la calle. Un candado en unas rejas verdes, título: «Esperanza y opresión». Un candado en un portón de caseta eléctrica pintada de blanco, título: «Inocencia y tiranía». A partir de una foto puede que surja un conjunto, o sólo una foto.

Voy sin urgencias en Instagram. Es un espacio zen, un espacio de calma. Acá, ensalcemos al voyerismo, sólo me importa mirar. Pero mirar no es un simple acto de consumismo, como algunos ya califican la mirada en las redes. Ese mirar me trasvasa, va hacia lo interno, mineraliza las tensiones, las penas, calma.

Hace poco uno de esos sabios de Facebook montó carpa en Instagram. Empezó a subir sus videos de crí-

ticas políticas y cinematográficas intensas. La plaga, me dije, llegó la plaga a mi remanso. Por suerte, no tuvo el público que buscaba. Sus apasionados están en Facebook. Así que Instagram sigue siendo mi escape. Sigo cuentas de *pin-ups*, de *suicide girls*, cuentas que le rinden culto a la barba y a los carros antiguos (sólo a los carros antiguos), cuentas de modelos rusas y modelos de medidas gruesas, cuentas de artistas plásticos y fotógrafos y dibujantes y tatuadores, cuentas de arquitectos, cuentas dedicadas a mostrar arte. Si usted es frívolo tendrá un Instagram frívolo. Si a usted le gusta el arte, tendrá un Instagram regado de arte, como un buen vino riega una buena comida. Si usted quiere ver hermosas mujeres y también arte, también puede hacerlo, nada se lo impide ni tampoco las personas somos unidimensionales.

Aquel monstruo terrible corporativo que sólo quiere venderte publicidad y espiarte con fines oscuros no me ha impedido usar mi cuenta para bajarme por un rato del vértigo del mundo y simplemente mirar y aprender un poco, deleitarme e incluso cosificarme en las representaciones (perdón por el momento *híster millennial*).

Sí, ya sé cuán terrible son estos monstruos. Pero el monstruo no es más que un espejo. Instagram es mi espejo, y también una de mis ventanas.

COLISIÓN DE GALAXIAS

El escritor José Urriola postea en su cuenta de Facebook imágenes satelitales de planetas. Nos regala paisajes hermosísimos, vastas estepas de increíbles matices, mares imposibles, valles como de óleo alucinado, trazas gigantescas como ríos inimaginables. Suele decir Urriola que esas son sus opiniones sobre el tema político del momento en las redes, en el país, en el mundo.

Hace algunos años, en el Museo de historia natural de Nueva York, entré a ver una película didáctica sobre el universo y allí fui testigo de la colisión de dos galaxias. El momento estaba recreado, por supuesto, pero resultó absolutamente vívido. Contemplar aquellas inmensidades, enfrentándose, entrecruzándose, desapareciendo en el más absoluto silencio cósmico fue revelador. Qué insignificantes somos, pensé. Mira el universo descomunal, mira su mecánica, su luz, su oscuridad, su poder, mira cómo lo verdaderamente descomunal se desvanece en un tris.

No sé si uno deba detenerse en ello, si este pensamiento pueda llevar a la devastación espiritual. Alguien podría llegar a la conclusión de que su vida no vale nada, o algo por el estilo. Yo, por el contrario, intento recordarlo de vez en cuando y, por alguna razón, me sosiego. Y sí, tan poco de nuestra vida tiene verdadera importancia, pero eso no significa que nuestra vida no sea, para nosotros mismos, valiosa. Somos el universo en alguna parte de nosotros. ¿Suena tonto? No lo

sé. Somos el universo y somos el mar, que es como un magnífico equivalente del universo ante nuestros pies. Le tememos al vacío, y el universo, tan increíblemente lleno, trae algo de vacío a nuestro espíritu. Quizás deberíamos hacer las paces con ese vacío, asumirnos en nuestra finitud.

Leo a Gamoneda, *La prisión transparente*. Le leo su conciencia de eternidad, que él la llama «trunca», por causa, justamente, de la vida humana. Dice el poeta: «Nací, al parecer, en un desconocido que casualmente era yo. A causa de esta impertinencia espectral o mínima cosmicidad, yo estoy o no estoy en mi desconociéndome, negándome con especial agudeza, o con especial cansancio, no sé, y un día, un día cualquiera, va a cesar —ya está, creo, cesando— el vulgar accidente, la individual suspensión de la ya dicha trunca eternidad».

Leo estas palabras y pienso en aquellas galaxias colisionado y las imágenes que postea Urriola en su página de Facebook. Los poderosos, los que se dejan tragar por el hambre del poder, quizás deberían pensar en ello un poco. El poder no es más grande que esa eternidad. El poder es apenas una trunca eternidad, una eternidad ficticia, un accidente. Pero no, los poderosos no miran hacia allá, y si lo hicieran, quizás dirían, sí, qué bonito eso de la trunca eternidad, nada más, y seguirían en lo suyo, aplastando.

LA MÍSTICA DE LAS ACERAS

Te sientas en una acera y por un instante lo sabes.

Esa sensación de estar ocupando un espacio íntimo y al mismo tiempo inconmensurable, un hiato poético, discretamente sacro.

Pobres de aquellos que no se han sentado a fumar sobre una acera y no se han quedado así, en plena tarde, suspendidos del mundo, en ese intervalo impreciso que dura un cigarrillo.

Es lo bueno, a pesar de la causa, de algunas calles de Caracas. Las urbanizaciones están cercadas por paredes, por rejas, por las mismas casas que se vuelven sobre sí mismas. En la entrada de muchas de esas calles, una garita de vigilancia restringe la entrada. Son obra del miedo que se traduce en seguridad / paranoia. Una vez adentro, estás tranquilo, o relativamente tranquilo. Entonces es posible sentarte en una acera. Sales en la tarde, cuando el sol se empieza a poner, y te sientas en la acera frente a tu edificio, o un poco más allá. Enciendes un cigarrillo y te lo fumas en silencio. Si estás acompañado mejor, porque entonces los dos fuman en silencio, y conversan cualquier tontería, esas grandes cosas de la vida. Conversas y te despides, porque si bien el momento parece eterno, cada vez que fumas sentado en una acera con alguien, te estás despidiendo. Poco a poco nos vamos despidiendo. De los amigos, de los amores, de la vida.

Es así. Sólo tienes que hacerlo y comprobarlo. Te sientas en una acera, fumas, miras el cielo, el inmenso cielo y las copas de los árboles (Caracas, si no te has dado cuenta es una ciudad llena de árboles). Nunca nos detenemos a mirar el cielo, nunca nos detenemos a mirar los árboles. Allí está esa electricidad que nos recorre.

Bendito sea el cigarrillo que te fumas sentado en una acera. Benditas sean esas tardes de mística sin mística, de cigarrillos, de paz que refresca en medio de la debacle de un país.

LLEVAN VELAS EN LAS MANOS

Los imagino, como luces en la noche, yendo ligeros, por calles y avenidas, entrando en plazas, iluminando los senderos, los bancos vacíos, los toboganes, los columpios. Imagino sus rostros, descubiertos desde abajo por una luz amarilla y suave. Llevan velas en sus manos, y no sonríen. Pero aman, nos aman, callados y dignos, al tiempo que se elevan sobre nuestras ventanas, sobre nuestros techos, lejos del odio, del dolor que nace de ese odio.

**PLEGARIAS DEL MUCHACHO
QUE ESTUVO EN LA GRAN CIUDAD**

EN LA PISCINA DEL HOTEL TAMANACO

No sé cómo llegamos allá. Fue con los amigos de la universidad. Creo que la primera vez no llevó Luz Elena. Andaríamos por el segundo año de Letras. Era quizás 1989. Yo andaba en un Chevette verde poceta. Montaba a todos mis amigos y nos íbamos a dar vueltas por ahí. Un día paramos en El Hotel Tamanaco, en su piscina, en la barra de su piscina.

No lo sabíamos, pero en el InterContinental Tamanaco coincidían una cantidad de líneas de modernidad fundamentales. Por un lado, estaba el proyecto de hoteles americanos de Pan Am y Juan Trippe, y por otro, la casa de arquitectura Holabird, Root & Burgee.

Los hoteles InterContinental eran lo que el presidente de Pan American Airlines consideraba modelos de hoteles americanos. La idea, nacida, según se cuenta, de una conversación en la Casa Blanca entre Franklin Delano Roosevelt y Juan Trippe, buscaba llevar hacia Latinoamérica la inversión y el turismo norteamericano. La mejor manera de hacerlo: que el ciudadano estadounidense se sintiera en casa; pero en una, cabe decir, lujosa, donde se hablara inglés y se sirviera comida de su tierra, empezando, por supuesto, por hamburguesas y Coca-cola, que no son tan de lujo, pero son alimento y bebida sabrosa.

Recuérdese que estamos hablando de mediados del siglo XX, de una época posterior a la Segunda Guerra. Latinoamérica era entonces una región virgen para la

gran nación del norte. Alguno, que no falta, dirá que se trataba de un proyecto imperialista y todo un aburrido etcétera revolucionario. Era sí, un proyecto económico, capitalista, cosmopolita y de la modernidad. En 1946 se inauguró el primer hotel InterContinental en Belém de Pará, Brasil. Siete años después, en diciembre de 1953, el Tamanaco. Para entonces, estaba en el poder Marcos Pérez Jiménez.

En segundo lugar, tenemos la casa de arquitectura Holabird, Root y Burgee, asociada en el país con Gustavo Guinand. Esta casa fue fundada en Chicago a finales del siglo XIX y formó parte fundamental de la escuela de Chicago que trajo los rascacielos y las inobjetable ventanas corridas e incluso los muros cortina. La Holabird & Roche (como se identificaba la firma para 1883) diseñó, entre otros edificios icónicos, el Chicago Savings Bank Building, con sus ventanas corridas, sus típicos miradores y los revestimientos de terracota. No es poca la influencia que tuvo la escuela de Chicago en otras grandes ciudades de Estados Unidos, y no es poca su herencia en las escuelas de arquitectura que vinieron después.

Atravesar el lobby del Tamanaco era darle sentido a nuestra juventud, a nuestro orgullo de vivir en una ciudad que se nos abría, que se ofrecía con esplendor y multiplicidad de lugares y formas del mundo. Éramos rebeldes y despreocupados, sentados allí en la barra junto a la piscina, tan libres como libre era el trazado de aquella alberca, una gran línea que se cerraba (se cierra) sobre sí misma en cuatro grandes ondas que parecen disfrutar, dejarse llevar por el agua que la

contiene. La piscina del Hotel Tamanaco es una clara muestra del estilo *Free Form* en la ciudad de Caracas.

Y yo estaba allí, con mis amigos, en la barra, tomando cerveza al caer la tarde y en vía hacia una noche fresca, con el cerro El Ávila al fondo, haciéndose más enorme con la noche, más enigmático, pero al mismo tiempo manto protector. Éramos jóvenes y vivíamos en una ciudad intercontinental, internacional, cosmopolita, cósmica, intergaláctica. Y disculpen la exageración, pero así era Caracas en aquel entonces.

EL BÚNKER DEL ARTE

Llegar al Museo de Arte Contemporáneo Sofía Ímber tenía, no sé, algo de *caminata secreta*, de paredes de concreto que, por arte mágico, se abrían y se cerraban a tu paso. Era uno de los museos más importantes y sonados de Caracas, pero visitarlo no dejaba de tener algo de ruta para conocedores que terminaba en un templo arquitectónico situado en alguna parte de aquel complejo de esquinas y pasillos infinitos que era Parque Central. Llegabas, de algún modo, a un lugar protegido del mal del mundo.

Nicolás Sidorkovs, nacido en Riga en 1948, fue quien trazó el diseño de aquel búnker, quien pensó sus materiales y su estilo con influencia brutalista de hormigón, hierro y vidrio reforzado. Aquel edificio nació sí, en los grandes tiempos, con el padre rico que estaba dispuesto a darnos la modernidad y a brindarnos una inmensa sensación de diversidad cosmopolita. Nuestro capitalismo más cercano nunca dejó de ser arraigadamente paternalista. Con todo, no cabe duda de que en aquellos tiempos el Estado petrolero quiso sentirse y hacernos sentir a la altura de un mundo que avanzaba. Nos trajo lo más moderno del arte, nos lo puso allí, en un edificio crudo, pesado, en un edificio que era laberinto y era elefante y era poder de un Estado que soñaba la modernidad.

En el MACCSI la forma se despoja de los adornos (porque sigue siendo en tiempo presente, a pesar de haber perdido mucho de lo que fue) y se centra en lo

funcional y en el atractivo de lo que queda al desnudo: las paredes crudas, las tuberías expuestas. Hay cierta belleza en aquel laconismo, pero más que nada el lugar está diseñado para centrar la mirada en las obras expuestas. Es así, el brutalismo proponía una ética social y utilitaria; heredaba, sin duda, ideas de la Bauhaus: la forma siguiendo a la función.

Pensar en un búnker como una estructura brutalista no es descabellado. Recuérdese aquellos refugios y bastiones nazis de la Segunda Guerra que luego quedaron para la memoria imborrable de los que padecieron el horror y luego tuvieron que reconstruir Europa. Que la obra limpia de hormigón se impusiera en los proyectos de los jóvenes arquitectos que inauguraron aquel brutalismo posterior a la Segunda Guerra fue quizás un modo de sacarse los demonios del nazismo, de apoderarse del dolor de la guerra y transformarlo en futuro. El MACCSI, desde la tradición de la modernidad, es deudor de aquellas ideas que, paradójicamente, terminaron siendo, en Venezuela, las de una democracia paternalista, de un Estado todo poderoso que, sin embargo, nos imaginó con un porvenir cosmopolita.

Recuerdo que iba con mis padres. Recuerdo haber visto obras de Picasso (en la sala de exposición permanente), de Marisol, de Centeno Vallenilla, Alejandro Otero, Carlos Cruz-Diez, Henry Moore, Man Ray... Recuerdo haber ido una vez con una novia. Era una chica hermosa y llamativa. Usaba faldas cortas y tenía hermosísimas piernas. Su cabello era largo, abundante, un tanto rizado. Recuerdo que ese día me encontré

con un primo que tenía siglos sin ver. Era joven, quizás un par de años mayor que yo, pero tenía el cabello cubierto de canas precoces. Me habló de lo increíble que era el museo y yo le presenté a mi novia también increíble.

Eso era la vida en aquel entonces. No sé bien si me explico. El arte. El arte era importante, había tiempo para disfrutarlo. Querías conocer, saber, pasear con tu novia por los museos. Querías ver y que te vieran disfrutando del arte. Querías ser un ciudadano del mundo y de la gran ciudad que entonces era Caracas. Sí, eso era la vida en aquel entonces.

BUKOWSKI EN EL ATENEO

No recuerdo a qué edad estuve allí por primera vez. Posiblemente mis padres me llevaron. Con toda seguridad a la librería, a la sala Los espacios cálidos. Fuimos también al cine, donde disfrutábamos películas de factura ajena al circuito comercial. Todo lo que mi espíritu inquieto quería se hallaba concentrado en aquel complejo de arquitectura sencilla, maciza y limpia diseñado por Gustavo Legórburu y que sustituyó a la vieja casona en el mismo lugar de la plaza Morelos, que, como se sabe, conectaba con todo el llamado circuito de los museos, y además con el teatro Teresa Carreño. ¿Qué más se podía pedir? Ese era el lugar donde yo debía estar, donde debían estar todos los que se interesaban por los libros, el arte, el teatro, la música. También estaba el Café Rajatabla, que se hallaba por esa zona de recovecos que pertenecía al grupo de teatro del mismo nombre. Pero primero fue la librería.

Era toda una experiencia estética bajar las escaleras, mirar hacia la izquierda, a través de un enorme cristal, aquel otro café vivo y sonoro que también hacía vida allí y luego enfrentar la delirante, surrealista, increíble vitrina de la librería diseñada por el artista plástico y escenógrafo Jesús Barrios. Y digo que la experiencia era estética, porque todo aquello resultaba un asunto de sensaciones. En la mente, quizás, un solo pensamiento: «Aquí es donde quiero estar, esto es lo que quiero».

A Jesús Barrios, por cierto, lo conocí muchos años después en una de las célebres fiestas de El Nacional. Estaba vestido no sé si de monje carmelita o franciscano, llevaba una kipá en la cabeza y cargaba un cuaderno de tapa negra repleto de sus dibujos. Uno de los dibujos era un Cristo maravilloso, sangrante, hecho de sangre real, su propia sangre, nada más y nada menos, pues se pinchaba los brazos y los dedos para usarla como tinta.

Adentro, la librería te recibía con sus mesones y su profundidad llena de estantes, portadas y cantos. Yo sentía que nunca terminaba de ver todos los libros, que iba dejando atrás muchos que nunca llegaría a leer porque el tiempo no me alcanzaba para pasar la vista sobre todos los títulos. Aquello me producía, en serio, dolor, pena.

Luego la librería abrió una especie de club de video. Allí encontrabas maravillas del cine, películas de Kurosawa o de Fellini o de Wenders. Por supuesto, el formato de entonces era el VHS. Creo que al mismo tiempo o casi al mismo tiempo abrieron un cafetín al fondo. Eso afectó el olor de la librería. A pesar de que era café, el olor resultaba nauseabundo; tenía de fondo algo de cañería, de agua estancada. Oía más bien a café rancio, nunca recién tostado. Pero con todo, aquella seguía siendo una gran librería.

Al cabo de unos años, descubrí el Café Rajatabla. Allá iba a beber, al principio, con una patota de amigos y amigas de la universidad. Allí, en el espacio al aire libre, o bajo la lona, pedíamos tercios y más tercios de

cerveza y descubriríamos el mundo y nos descubriríamos unos a los otros. Una noche, mis padres, que llegaron de visita a la ciudad, terminaron en el Rajatabla. Ahí estaba yo, con mis amigos. Mis padres se sentaron con nosotros y bebieron cerveza y a todos mis amigos les pareció que mis padres eran una maravilla.

En el Ateneo hice varios cursos. Recuerdo especialmente uno de guiones para comerciales de televisión. Fue en la época que me estaba yendo pésimo con filología y latín en la Católica. Había decidido cambiarme a la UCV para seguir estudiando Letras, pero tenía que esperar casi un año mientras se completaba el proceso. Así que, en el ínterin, me aboqué a tomar cursos y más cursos para no mantenerme ocioso, pero, sobre todo, para que mis padres le vieran algún sentido a mi vida y a mi estadía en Caracas.

Aquel curso de publicidad lo dictaba una gente reconocida de agencias. La coordinadora era una muchacha de cabello castaño muy largo, cara como arrasada por el viento del desierto y temperamento de pájara brava. Grace se llamaba, trabajaba en Leo Burnett y era productora de campo, es decir, su trabajo consistía en moverse rápido y con astucia en la calle, en el centro del caos, con el fin de conseguir todo lo que se necesitaba para lograr que la producción cumpliera con su cronograma.

Entre mis compañeros de curso había un hombre calvo y simpático que sabía teorías de comunicación y que intervenía mucho; una muchacha muy joven y muy delgada que siempre parecía feliz y que quería

estudiar publicidad; un musculoso cuyo proyecto era hacer una serie de programas audiovisuales sobre el arte de la seducción, basándose en un libro que, indudablemente, él mismo escribiría; una señora que era secretaria en una compañía de producción y que, de tanto ver a los otros trabajar con cámaras y luces, había sentido la curiosidad de aprender; un portugués dueño de una panadería que nunca explicó con claridad sus objetivos para estar allí, y un muchacho delgado y callado que daba la impresión de encontrarse a punto de estallido, y que tampoco supo decir muy bien la razón por la que se había inscrito en el curso.

Una tarde llegué temprano y me quedé esperando en planta baja, cerca de la taquilla. Me hallaba recostado de un murito, de espalda a unos helechos, cuando llegó el muchacho enjuto y se apostó a mi lado.

Debo confesar que me puse nervioso. Siempre me había parecido que de aquel joven brotaba una especie de neblina asfixiante y cetrina. Era quizás de mi edad, pero lucía muy serio, como esas personas que hablan poco y lo piensan dos veces antes de hacerlo.

Yo no sabía de qué conversar, y me fui por lo más obvio: el curso. Estaba muy bueno, me parecía muy profesional todo, eso dije. El enjuto se limitó a afirmar con la cabeza y a gruñir algo parecido a un sí.

—Tú estudias Letras, ¿no? —dijo al rato, como dejando salir una meditación muy profunda.

—Sí, eso estudio —me limité a responder; no quería

complicar el asunto diciendo que por los momentos no, pero sí, que estaba esperando el cambio de la UCAB a la UCV y etcétera.

—¿Has leído a Bukowski?

En mi vida había oído hablar del tal Bukowski. Como le temía al enjuto, como no quería ser descubierto por aquel potencial asesino en serie, respondí honestamente.

—Me lo supuse —dijo el enjuto mirándose las manos—. En esa mierda que llaman Letras no enseñan un carajo. Bukowski era un duro, un borracho de esos que ves en las calles, que duermen bajo los puentes, que te piden plata o te asaltan con el pico de una botella. Ese era Bukowski, un demente, un demente borracho que escribía genialmente.

—¿Y qué escribía?

—Sus historias de calle. La oscuridad de su vida.

Busqué en mi bolso, saqué el cuaderno de clases.

—¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Bukowski, Charles Bukowski.

Empecé a anotar en el cuaderno, escribí algo así como Bukosky.

—No anotes.

—¿Qué?

—No anotes. ¿Qué crees, que Bukowski es un tomate en una lista de supermercado? A Bukowski se le encuentra por el camino.

—Sí, lo siento... —me excusé y guardé el cuaderno.

—Ya lo has encontrado —dijo el enjuto más conciliador—, me encontraste a mí y a través de mí, a Bukowski. Estás destinado a leerlo, por eso no debes anotar ninguna mierda. Bukowski no es un tomate.

—No es un tomate.

—Disculpa que te hable así.

—Tranquilo, disculpa tú... Te entiendo.

Nos quedamos en silencio. Era incómodo para mí; el enjuto, en cambio, parecía estar bien con él mismo, con la situación.

—Sólo así se escribe de verdad —encajó el enjuto.

—¿Cómo? —dije, un tanto perdido.

—Así, bajando hasta la mierda. La escritura es para temerarios, para valientes, para gente jodida.

No hablamos más. El calvo recién había aparecido en nuestro campo visual, saludó de lejos y se acercó. Me sentí absolutamente aliviado. La conversación

tomó otros rumbos, pero yo me quedé pensando en Bukowski.

A la semana siguiente llegué una hora antes al Ateneo y bajé a la librería. No le pregunté a ningún dependiente, me puse a buscar. Como había dicho el enjuto, Bukowski tenía que ser encontrado.

Después de un par de vueltas hallé uno de sus libros sobre uno de los mesones. Se trataba de un ejemplar de Anagrama, colección Contraseñas, tapa blanda, blanca, con la ilustración de una mujer rubia, labios muy rojos y tetas al aire que me recordó los trabajos de Wesselmann y que era, en efecto, un trabajo de Wesselmann. *La máquina de follar*. ¡Vaya título! Compré el libro, empecé a leer poco después, recostado del murito.

Pensé en mostrarle la reliquia al enjuto, pero el enjuto no fue a clases ese día, ni al siguiente, ni a las clases que faltaban. No fue más. Seguí leyendo a Bukowski, estaba fascinado. Se me había abierto una madriguera en la cabeza. Y también, en cierto modo, una nueva alimaña se me había agregado al saco de oscuras creencias que empezaban a ordenarme los pasos. El enjuto me había dicho que sólo los verdaderos escritores bajaban, que sólo los verdaderos escritores se hundían en la mierda. Allí, en ese fondo, estaba la literatura. Vivir, bajar, taladrarse la cabeza para escribir. Me sentía tentado por todo aquello. Pero mis años salvajes estaban por llegar; mientras tanto, leía las aventuras de Hank Chinasky.

El último día de clases, el calvo propuso que el grupo celebrase con unas cervezas en el Rajatabla. Todos estuvieron de acuerdo. Caminamos hasta el cercano café, nos sentamos y pedimos cervezas. El calvo habló, el calvo siempre llevaba la batuta. En cierto momento trajo el tema del enjuto a la conversación.

—No vino más —dijo, y algo en el tono de su voz sonó a que él estaba al tanto de la causa de la ausencia. No tardó en confirmarlo—: Era drogadicto. —Nos miró, uno a uno, y luego—: Un día estuvimos conversando. Me dijo que se metía cocaína. Que quería ser escritor y que se metía cocaína.

Pensé que el calvo había pronunciado las palabras «escritor» y «cocaína» como alguien que intentara hablar con detalle de Reikiavik, aunque nunca hubiera estado allí y la conociera sólo por mapas.

—Los escritores tienen ese problema —indicó la señora que era secretaria.

—¡Tú que estudias Letras! ¡Ten cuidado, carajito! —me largó en tono amistoso el portugués dueño de la panadería.

Yo negaba con las manos, sonreía. Hubiera querido decirles que gracias al enjuto estaba leyendo a Bukowski. Que dejaran de preocuparse en vano, que el enjuto sabía lo que hacía y había bajado a los infiernos para regresar con la materia del arte en sus manos... Que todos eran unos idiotas y que no opinaran a la ligera... Que ellos no tenían ni puta idea: el enjuto

iba a volver, no se había perdido en el abismo. Ahora no estaba, pero volvería. Sí... él iba a volver, o eso por lo menos quería creer yo. Allá abajo, en el infierno, en la mierda, como le decía el enjuto, la vaina era jodida, muy jodida, pero él iba a salir, victorioso, con arte entre sus manos. Claro que sí.

—Ese chamo estaba mal —declaró el calvo.

—Va a terminar en loco. Cuidado si ya no lo está —cerró el musculoso.

—Sí, puede que termine loco, pero también cabe la posibilidad de que termine muerto —escuché decir al calvo.

—¿Tú qué piensas, muchacho? —me preguntó la secretaria, no sé si porque en realidad quería saber lo que yo pensaba y estaba preocupada por mí, o sin tan sólo quería escucharme decir alguna sandez y burlarse en silencio con los otros.

Yo callé por unos instantes, sin poder pensar en nada, hasta que lo dije, no sé de dónde, pero lo dije:

—Los locos mueren después.

Eso fue todo, los demás se quedaron mirándome entre extrañados y divertidos, y casi de inmediato, pasaron a otra cosa.

EL ESOTÉRICO BARCO DE COLÓN

El gordo entró a principios de segundo año, pero sólo fue hasta unos meses después que empecé a tratar con él. Era enorme, tenía una voz gruesa y enfática y proclamaba a todo gañote que sería presidente de la República. No había podido seguir en Derecho porque había aplazado un par de veces quién sabe qué materia, por lo que, para no irse de la universidad, había tomado otra carrera mientras se cumplía la veda de dos años que le impedía volver a la Escuela de Derecho. Esa carrera sustituta había sido, por supuesto, la de Letras.

Así fue cómo el gordo se apareció un día en la clase de Arte en aquella primera semana del segundo año. Llegó tarde y, con su vozarrón desfachatado pidió permiso para entrar. El padre Cisuelo lo dejó pasar, pero observó que no alzara mucho la voz, porque la tenía, como ya se notaba, demasiado escandalosa. El gordo dijo algo gracioso, todo el mundo rio y entonces atravesó el salón, se fue hasta al fondo y se sentó a mi lado. Me vio, me saludó con cara seria y se puso a prestar atención a la clase. No me agradó el tipo, la verdad que no. No me agradaban los ruidosos, los faramallos, los simpáticos, los oportunistas.

Con todo, nos fuimos haciendo amigos. Con cerveza o sin ella, el gordo tenía grandes ideas. Como aquella de ser presidente de la República, o la de convertirse en empresario. O la de llegar a ser director de un equipo de fútbol. Todo lo pensaba y lo vivía con pasión. Tra-

gaba libros sobre manipulaciones mentales, devoraba Don Balón y era —y es— hinchita acérrimo del Real Madrid.

En ocasiones, entre una materia y otra, el gordo y yo nos íbamos a tomar cervezas al Trébol, una licorería cercana a la universidad. Volvíamos a clases chispeados, para luego, ya con el calendario de clases cumplido, regresar a la licorería, preámbulo siempre de los bares de modas y, en especial, de las tascas.

En aquellos años, la diversión estaba en las tascas. Nadie que presumiera de conocer la noche de Caracas podía pasar por alto uno de aquellos restaurantes regentados por españoles o portugueses, con mesas de madera, manteles y paredes rayadas con declaraciones de amor, constancias de presencia, groserías y chistes malos escritos en bolígrafo, marcador o lápiz de grafito. Hablamos de las tascas de La Candelaria, de Chacao, de Sabana Grande, las tascas incluso del CCCT y las que se asentaban en las esquinas más felices de cualquier otro centro comercial de la ciudad.

Allá, a esas tascas, íbamos a parar el gordo y yo con nuestros amigos y amigas. Frecuentábamos las de La Candelaria porque aquel era su barrio, y se las conocía todas. Entre ellas, El Barco de Colón resultó una maravilla. No sé, quizás era su fachada en forma de barco, con sus banderines y sus cabos, quizás toda aquella madera y lo amplio del sitio. Creo que nos gustaba, sobre todo, su piso de abajo, su sótano. Es decir, entrabas a la tasca, bajabas unas escaleras, y llegabas a otro salón, con un montón de mesas, barra y mesone-

ros. Se suponía que estábamos en la bodega de la embarcación, pero en realidad estábamos en un sótano; aunque tampoco puedo asegurar que lo fuese, porque quizás el diseño del sitio daba esa ilusión. El asunto es que en aquellos años estábamos dados a lo esotérico, a las conspiraciones secretas y a los milenarismos, así que estar «bajo tierra», es decir, en la supuesta bodega del barco, era una manera de ponerse en línea con aquellas formas del misterio.

Sobre esa cubierta secreta de aquel barco que nadaba en un mar de espuma de cerveza, el gordo y yo hablamos toda una noche de los misterios masónicos que habíamos leído en *El péndulo de Foucault* de Eco y en otro libro de un jesuita que yo había comprado en la librería Centro de Orientación Filosófica. En *El péndulo de Foucault* habíamos leído que los jesuitas también tenían que ver con la gran conspiración mundial y con la lucha entre poderes ocultos; así que no nos extrañó para nada que un jesuita escribiera sobre los masones, e incluso los atacara exponiendo sus secretos, sus rituales, su historia profunda. Ese libro, *Simbolismo de la masonería*, del monseñor León Meurin, era parte, según nuestra mirada, de la guerra secreta entre jesuitas y masones.

Nosotros estudiábamos además en la Católica Andrés Bello, la universidad de los jesuitas, lo que venía a formar parte de las predestinaciones, sincronías, serendipias y semióticas esotéricas y mágicas que pensábamos nos rodeaban. Todo lo mezclábamos, todo nos parecía conectado. Tampoco nos parecía casual que frente al edificio donde vivía el gordo, allí en la es-

quina de Ferrenquín, hubiese un templo masónico; ni que la librería aquella, el Centro de Orientación Filosófica, quedase relativamente cerca de La Candelaria, en la avenida México con la esquina de Puente Brión, tal como indicaba el sello de los libros que salían de aquel lugar.

—Y si te pones a ver, nuestras librerías caraqueñas siguen una línea —especulé yo aquella noche, ya habiéndome cargado unas cinco cervezas—. Mira cómo hay un trazado desde Chacaíto, con la librería Lectura, pasando por Suma, en línea recta sobre el bulevar de Sabana Grande, para llegar luego a Plaza Venezuela, a la Gran Avenida. Allí están, casi en fila india, Élite, Médica París, Kadmos, y un poco más allá, frente a la plaza, el Fondo de Cultura Económica y Ludens.

—¿Un trazado esotérico, energético? —dijo el gordo, que me seguía con atención en todos mis delirios.

—Quién sabe. Algo hay.

—Pero queda por fuera el Centro de Orientación.

—El Centro de Orientación Filosófica quizás forme otro vértice que ignoramos. Plaza Venezuela, la avenida México, el templo masónico de La Candelaria podrían armar alguna figura geométrica mayor.

—Alguna figura talismánica...

—...que ignoramos —completé y tomé cerveza, poniendo cara de sabueso esotérico (sea lo que sea tener

cara de sabueso esotérico, pero supongo que ustedes más o menos lo sospechan).

—Eso, habría que descubrir el mapa que trazaron los librereros —respondió el gordo con tono solemne.

—¿Los librereros?

—Son una secta los librereros, eso pienso. Quien tiene los libros tiene el conocimiento, y quien tiene el conocimiento tiene el poder...

—¿Qué poder tiene un librero nada? —manifesté entre el enojo y la chanza—. Los librereros sólo quieren vender libros y, a veces, leerlos. No sé, esa línea de energía no es de los librereros. Debe ser de alguien más. El gordo se encogió de hombros, tomó cerveza, respondió:

—El poder está en lo que se oculta, papá. No sé, quizás hemos entrevisto algo que nos supera. Quizás los librereros se hacen pasar por pendejos y en realidad gobiernan el mundo.

Entonces sí solté una carcajada.

—Tú y tus vainas, gordo.

—¿Yo y mis vainas? ¿Yo y mis vainas? Yo voy a ser presidente de esta mierda, papá. Tú, mi guía, mi consejero. Juntos vamos a mandar en esta cagarruta de país... Y los librereros se van a joder.

Esta vez me aguanté la carcajada y callé como siempre callaba cuando el gordo decía que iba a ser presidente. Seguimos bebiendo y en breve volvimos sobre los asuntos milenaristas. Pedimos más de beber. Las cervezas ayudaban a conectar ideas arcanas. Cualquier idea.

Y así se nos iba el año académico, con materias que no estaban tan mal —a excepción de filología—, con mis salidas de tascas con el gordo y con nuestros asuntos esotéricos que nos hacían sentir dueños del mundo, o separados del mundo, porque ya se sabe, el sabio, por sabio, es ajeno al mundo... o algo así.

Una sensación de poder nos llevaba, y la noche era parte de esa alquimia, de ese secreto que creíamos tener, un matraz, el *solve et coagula* de nuestros días. La literatura, los jesuitas, los masones, los poderes del mundo y vaya usted a saber qué más, todo era nuestro, todo lo sabíamos.

LA ÉPICA DEL CCCT

Voy caminando por el Centro Comercial Ciudad Tamanaco. Tendré, no sé, diez y nueve años, y llevo pantalones de jean, y una camisa manga larga y un saco ridículo, a cuadros, que considero que es juvenil pero también elegante y quién sabe de dónde lo saqué. También llevo el cabello engominado, yo que nunca me engomino. Voy entre la gente, y me creo un personaje de Miami Vice, «Sonny» Crockett posiblemente. Eran aquellos años, qué les puedo decir. Y el CCCT se fijaba como el epicentro de mis ínfulas consumistas, capitalistas, una vez más, mis ínfulas de gran mundo. De malo no tiene nada, ¿por qué iba a tenerlo? Yo era un joven con ganas cosmopolitas, y el CCCT el centro comercial más grande de Caracas (el Sambil estaba a años luz), el ombligo de la ciudad, allá donde veías a todos y todos te veían.

No era nuevo el CCCT. Había sido inaugurado en 1974, en pleno boom petrolero y podríamos decir que a caballo entre los gobiernos de Rafael Caldera y Carlos Andrés Pérez. La segunda etapa fue concluida en 1982, bajo el gobierno de Luis Herrera Campins, un año antes del llamado Viernes Negro. Poco menos de una década más tarde, tal como ha quedado en evidencia, iba yo con mi saco ridículo y mis aires de tipo importante, como si trabajara en la bolsa, como si tuviera un Jaguar, como si ya me hubiera hecho mi propia vida y fuese el muchacho más importante de Wall Street. En 1991 se publicaría *American Psycho* de Bret Easton Ellis, de modo que, en aquel entonces, yo

no me creía un sicópata sofisticado, aunque sí, debo confesar, andaba con mis ínfulas de escritor maldito y genial. No obstante, para no alejarnos de la bolsa de valores, sí había visto Wall Street, que se estrenó en 1987, y me gustaban esas pretensiones de tipo joven, adinerado y elegante. Lo mío no era salvar el mundo. Mucho tenía que salvarme de mi propia idiotez, pero yo aún no me había dado cuenta y vivía feliz dentro de ella.

Me sobran las anécdotas del centro comercial. Son de unos años después de aquella escena vergonzosa donde voy yendo por sus amplios pasillos con mis fantasías de Sonny Crockett. En compañía de mi primo solíamos ir a beber cerveza o incluso a almorzar y luego a beber (cerveza y más cerveza) en el Tío Pepe. Era (creo que todavía es) un restaurante con algo de tasca, con sus mesas con manteles blancos y rojos y sus sillas de madera. Sobre el pasillo del CCCT se extendían algunas de esas mesas, y en sus paredes blancas y de acabado rústico había farolas negras, de hierro forjado, como si las mesas de afuera estuviesen al aire libre, sobre una calle empedrada de alguna pequeña ciudad española. No había una puerta de entrada, sino que el frente estaba formado por varios arcos (quizás cuatro o cinco). Estos arcos asemejaban portales, aunque en realidad era uno sólo el que funcionaba como entrada, el que estaba al extremo a la izquierda, que era, además, el más amplio. Cada arco se cerraba con dos rejas también negras de hierro forjado.

A mi primo y a mí nos gustaba dentro, en la barra. Sentados en las sillas altas pedíamos tortillas españo-

las, pimientos de piquillo, chistorras, jamón serrano, cervezas... Una vez estábamos allí, y en la esquina, no lejos de nosotros, un hombre quizás cercano a los sesenta compartía con una chica que sin duda era menor que él.

El hombre hablaba inflado. Estaba orgulloso de su joven conquista. En cierto momento pidió una sambuca. Ella dijo que para ella no, gracias, que nunca lo había probado, pero no le parecía una bebida atractiva. Él le replicó que no sabía de lo que se perdía, y le pidió al barman que encendiera el líquido. La superficie con los granitos de café hizo un suave fuego. El barman se alejó y el hombre continuó con la labia. Algo decía de una película. Hablaba de un hombre loco que quería ser escritor y de un hotel en medio de la nieve. Decía que aquella película era una obra maestra. Ella lo escuchaba con admirada atención, afirmando con la cabeza mientras la sambuca ardía sobre la barra. El hombre seguía dándole detalles argumentales de la cinta. Habló de un niño que hablaba con su dedo, del bar fantasma, del alcoholismo del protagonista.

—Una gran película ésa. *The Resplanding* se llama, una gran película —cerró el hombre más inflado aún y acto seguido llevó su mano hacia la sambuca. A estas alturas habían pasado unos veinte minutos, y el fuego ya se había apagado sin que nadie interviniera en ello. El hombre se llevó entonces la copita a los labios y, sin más, su espalda se arqueó y su rostro se cerró de dolor.

El hombre soltó la copita, pero la copita se le quedó pegada a los labios y la sambuca saltó por el aire y le cayó en la camisa. La chica no sabía qué hacer, brincaba sobre el asiento, movía sus manos, dejaba ir griticos ahogados que no llegaban a ser escándalo. Por fin el hombre se desprendió la copita de los labios, la lanzó sin cuidado sobre la barra, se puso de pie y, por la ruta que tomó, supongo que corrió al baño. La chica se fue tras él, alarmada, quizás con el fin de socorrerle su labio quemado.

Mi primo y yo nos reímos, el barman reía con cierta discreción un poco más allá; luego, con pañito en mano, fue a limpiar aquel espacio de la barra donde la sambuca había hecho sus pegajosos estragos.

En otra oportunidad andaba con mi primo y con otro amigo en la Caribe de mi papá. La Caribe se accidentó entrando al estacionamiento. Sin mayores preocupaciones empujamos la camioneta hasta un puesto y seguimos a lo que habíamos ido.

Nos metimos en una tasca gigantesca cuyo nombre no recuerdo y que quedaba en una esquina en no sé cuál nivel. Nos sentamos a una mesa y ordenamos cerveza. Al fondo, un tipo tocaba en un sintetizador que era toda una orquesta aquel tema horrendamente maravilloso de la cabra la cabra la puta de la cabra la madre que la parió...

No tardamos en conocer a nuestros vecinos. Eran tres: dos chicos y una muchacha. Unimos las mesas. Si mal no recuerdo, sentí desagrado por aquel súbito acto de

camaradería. Uno de los tipos me había parecido un perfecto imbécil. Era soberbio y tenía una sonrisa de esas a media asta, como de bribón de barco, como de patán que esconde navajas.

La muchacha empezó a hacerle fiesta a mi primo; el segundo hombre de la que antes fue la otra mesa no hacía más que beber y cantar los temas rocambolescos del músico de tasca, y el patán se dedicaba a hacer chistes con mi otro amigo. Yo me mantenía a distancia. Apretaba la cerveza, apretaba los dientes, no veía a los ojos del patán. Apenas lo escuchaba, y sólo eso hacía que ardiera en las más altas hogueras del odio. Al cabo de un rato, mi primo el Casanova se hacía en exclusiva de la chica; el segundo hombre, el que bebía y gritaba las canciones del músico, se mostraba un poco más taciturno a causa del sobrepeso alcohólico, y el patán seguía teniendo el control de mi otro amigo, quien reía a carcajadas de sus chistes. Yo le había lanzado un par de comentarios incendiarios a mi colega laudatorio, pero él se había limitado a afirmar con la cabeza, apoyando, como por no dejar, mis insidias; eso y nada más, porque de resto, le reía todas las gracias al patán.

Decidimos irnos cuando el segundo hombre dormía con la cara sobre la mesa y mi primo el Casanova ya había besado a la chica. El patán nos daría el aventón. Nos las arreglaríamos, no había problema. Atrás podíamos ir montados unos en las piernas de otros. La chica estuvo feliz de subirse a las de mi primo el Casanova, mi amigo laudatorio se resignó a ir en el medio y a mí me tocó la ventana, junto al laudatorio.

Adelante, de copiloto, iba el aletargado que hacía una hora había estado coreando la cabra la cabra la puta de la cabra la madre que la parió... Por supuesto, el patán iba al volante.

Tuve que aferrarme de la agarradera del techo, pues el patán manejaba como si huyera del fin del mundo. Los vidrios estaban abajo y el viento me pegaba en la cara, me daba latigazos, me hacía humedecer los ojos. La ira me tensaba. En verdad quería hacerle daño a aquel imbécil.

Pensando en estas cosas estaba cuando descubrí que bajo mis pies había algo. Me incliné un poco y alcancé con una mano. Di con un par de libros de Derecho y unos cuadernos de clases. Aquel cretino, al parecer, estudiaba para ser abogado.

Los libros, los cuadernos salieron volando.

Nadie se dio cuenta. El viento, la velocidad, el alcohol, la noche.

Sentí que había algo más allá abajo. Volví a meter la mano y saqué un saco negro, de cuero. Excelente, me dije, que sirva también de comida para la noche, que abrigue a algún indigente de la autopista.

Una vez más nadie se percató.

El viento, la velocidad, el alcohol, la noche.

En cierto momento nos detuvimos. Habíamos llegado

a la casa de la chica. Ella y mi primo el Casanova se bajaron. Afuera hubo besos, arrumacos, promesas del volver a verse. Dentro y adelante, el patán fumaba y su copiloto cabeceaba. Atrás, el laudatorio miraba la noche por la ventana, como si alguna tristeza le hubiera ganado el pecho. Mi primo el Casanova volvió, y el carro arrancó a toda velocidad. Mi primo indicaba el camino.

Llegamos a mi casa, esa noche nos quedaríamos los tres en mi apartamento. Las puertas se abrieron de golpe, como impelidas por un fuerte viento. El patán, sin moverse del volante, recibió despedidas alegres y fraternas de sus nuevos mejores amigos. Yo también fui un despliegue de camaradería y buenos deseos. El carro arrancó entonces con ruido y polvo de cauchos. No sé por qué, aquello me pareció la última afrenta del patán, lo que me llevó a concluir que se tenía bien merecido lo que le había hecho.

—El tipo estudiaba Derecho —dije en el ascensor.

El laudatorio preguntó cómo lo sabía si él y yo no nos habíamos dirigido la palabra en toda la noche.

—Por los libros que encontré en el carro...

—Ah —dijo mi primo el Casanova.

—Los mismos que boté por la ventana.

Se quedaron mirándome, no terminaban de asimilar lo que les había dicho.

—También le boté una cazadora de cuero que estaba muy bonita.

Mi primo el Casanova soltó una carcajada, el otro mentó madre con jocosidad.

—Pero si era buena gente —dijo mi primo el Casanova.

—Buena gente un carajo, era un imbécil —repliqué.
Sonaron nuestras carcajadas dentro del ascensor.

PLEGARIAS LEJANAS

KVARN SJÖN, SUECIA

Toda la noche sin recordar mi nombre. Más allá una silueta se deslizaba sobre el hielo negro con su legado de grietas que hacían nacer silbidos de sables interestelares. Toda la noche a las orillas del río negro. Me recogía en las mantas y me abría al destierro con ánimos de esfera. Toda la noche el cosmos giró de cabeza, y estuvimos vivos sobre el agua de la muerte en la arriesgada belleza de los deslizamientos. Tan sólo yo, de nombre en el abandono, y aquel patinador, su cuerpo de ave acompañado de secretos cantos de ballenas que revelaban la geometría del Universo.

256 W 52ND ST., NUEVA YORK

Es bella la joven del recibidor. Todas en el Russian Samovar son así, rusas bellísimas que no están por completo en la tierra. El dueño viste de negro, usa barba y cuellos de tortuga. Fuma y habla en ruso con sus amigos. Acá la gente puede ser elegante con sus largos dedos encendidos contra los tapices imperiales. En la entrada, en una mesita pegada a la pared, una gitana lee el tarot. No dice lo que ha visto, muere en lo que calla. Es invierno y la nieve gira sobre las avenidas como buscando culpables, almas en pena. Él también usa camisas de cuello completo, es joven debajo de una lámpara, con sus padres. Lo tienta el tarot, sus padres sonríen con benevolencia. Su chico, su chico que brilla, su chico soberbio. El piano toca «Ojos negros», y en ese instante, o quizás en todos los instantes y para siempre el chico se enamora de una mujer que no existe y que baila dentro en los espejos. Se ha propuesto volver algún día, fumar en una mesa de aquel restaurante, invicto de penínsulas, de futuros. Nunca se leyó las cartas aquel muchacho. Nunca se miró en otras suertes ni imaginó las debacles de su patria, la rueda de los exilios.

ABUYA, NIGERIA

Alguien toca a nuestra puerta, nos ofrece vacunas de dudoso origen. No abro, no confío. Entrarían además el polvo del harmatán, sus voces, los espíritus. Prometiste un calor benigno, que sanaríamos. En verdad ha sido poco. En nuestras cabezas algo se inflama. Todo alivio ha sido efímero, y esto es como el amor: te elevas y después el tormento, la tierra devastada e infértil. Las semillas del oware quedaron esparcidas. La tabla rota sobre la mesa. Ya el juego no es posible, nada se siembra entre las grietas. Afuera la calima tapa el sol, y los aviones no emprenden el vuelo. En la ventana, la silueta de la mezquita se engaña a sí misma. Ha muerto Dios, han muertos los dioses. En cambio los espíritus envuelven el mundo. Están en el polvo, ellos son el polvo y la ruina. No es posible el retorno. Atravesamos el mar, nos fuimos lejos. Siento que nunca partimos, que la niebla nos respira en los pulmones, para siempre. Esto es como el amor, ¿comprendes?

OAXTEPEC, MÉXICO

La ruta se abre al regazo de los espejismos.
No los toques, detrás de ellos se esconde la casa.
Todas las casas y sus crisantemos de ceniza.
Alguien es ya un fantasma y aun así piensa
en volver al cielo que lo vio nacer. Pero justo
ahora cualquier cielo es una tumba,
cualquier océano una larga melancolía,
cualquier dios un enjambre de moscas,
un perro muerto sobre el hombrillo.
¿Cómo se llaman estos lugares?
¿Esto realmente es Morelos?
¿Esta una carretera que sale de Oaxtepec
rumbo a los confines de una tierra sin mapas?
Son más los lugares que existen el medio
de la nada. Es más la nada que existe
en medio del que se ha ido y sigue buscando
el centro de la mañana, la cercanía
de un agua que la sed no calma.

KNUD RASMUSSEN LAND, GROENLANDIA

Por miles de años, esta blanca oscuridad acogió al rebaño olvidado, crecido en la pelambre y la escarcha del exilio ártico. Desdibujados viven en los remolinos de la brisa, donde asemejan bueyes con cuernos, juntados para formar muros de fuerza estoica. No hay horizonte para fijar la mirada y trazar las rutas del futuro, nada tiene nombre conocido, ni florece ni da frutos. El tiempo es apenas un recuerdo tan remoto como el estrecho de Bering. Pero ellos se mantienen de pie en el difícil deseo, sueñan soles, resisten, tozudos como aquel que lo ha perdido todo menos la costumbre de anhelar la vida, su dignidad.

ATOMS CREEK, ORLANDO, FLORIDA

*Cómo echo de menos
el pasado, su mezcla
de confusión y terror,
sus períodos de soledad.*

«Dos cartas», MARK STRAND.

No vivía al sur de California. Por alguna razón
había querido despistar a su destinatario.
O quizás había cometido un descuido, y nada más.
En realidad se había ido a Florida. El resto de la carta
decía la verdad. En su destierro, en su otra vida,
se había convertido en un hombre sin sentido,
pero sobre todo sin mensaje. No tenía nada que decir.
Era dueño de una felicidad media. De una felicidad
de esas que siempre en el fondo guardan alguna me-
lancolía
sin nombre y que sólo quedaba en evidencia
los domingos por la mañana, cuando salía de su casa
y se plantaba dándole la espalda, de frente al sol,
con las fosas nasales abiertas, aspirando el oculto
olor de los pantanos que latían bajo sus pies
y allá en la distancia, en alguna parte, reales, fluviales.
Aspiraba los manglares, el barro, la baba de los lagar-
tos,
el olor a pólvora de las escopetas, y así quedaba, en
silencio,
sospechando que nadie resucita por completo.

PLEGARIA DE LA MUDANZA

*En el mundo actual todos quieren hablar sólo de la
comunidad y de política, y es cierto que esto es im-
portante. Pero también existe el alma particular con
sus preocupaciones, con su alegría,
con sus rituales, con su esperanza,
su fe, su deslumbramiento que a veces experimenta-
mos.*

ADAM ZAGAJEWSKI

TIEMPOS DIFÍCILES

¿Qué te llevas?, se pregunta el hombre que ha partido. ¿Qué te llevas a la tierra extraña? ¿Formas de paz, quizás? ¿Objetos mínimos que te cuentan quién fuiste y quién eres?

El hombre se mira las manos.

Te llevas algunos milagros. Te llevas relicarios. Te llevas lejanas promesas. Mitos de ti mismo, leyendas de tu vida. Historias mínimas, tu barro. Tu clima. Tus seres queridos, no todos, y duele.

El hombre se vuelve a mirar las manos.

Son tiempos difíciles, como dice el poema de Simic. Tiempos de partir, de sentirse echado, de saberse echado. La carretera, en la distancia, guarda silencio.

El hombre ahora no es más que una ventana. Y fuma y cuenta las piezas que lo conforman. Lo que se trajo, también lo que no, pero que igual lo tiene. Se recompone, el dolor se vuelve suyo, y resiste.

Se mira las manos, de nuevo, ahora en la ventana, se mira completo en el cristal, como si mirase a otro, o más bien, como si mirase a su propio fantasma. Resiste al borde de sí mismo, allá tan lejos, acá tan cerca del reino extraño, de la tierra nueva.

MALETAS

Un giro agónico, inesperado —sólo cuando comenzó, inesperado, luego sí, definitivamente agónico—, trágico, monstruoso de tan evidente, de tan obvio, de tan elefante, camadas enteras de elefantes, sobrecargando, hundiéndose en la tela, empujando hacia abajo, con sus carnes, su grasa, sus arrugas, sus huesos, sobre tu cabeza, tu cuerpo, tu inocencia.

Fue tanto el pavor que partieron antes de ti. Reventaron las puertas de la casa, las ventanas, los techos y salieron en desbandada, graznando el dolor de la patria destajada.

Los echaron, a ti, a tus maletas, las pesadas maletas.

Te arrastraron, con qué cargabas, te decías, si todo lo habías dejado.

Ya en la distancia, miraste dentro, y supiste del escombros triturado por la rabia de la mandíbula. Metiste las manos en la ceniza, tragaste a boca llena, la sobra de tu casa, el despojo de una tierra que sólo existe en el recuerdo. Estabas desnudo, eras el polvo al fondo del polvo, el peso, el carbón vivo de tu propia maleta. Extrañamente, o no, no extrañamente, te sentiste a salvo. Pero dolía, pero duele.

OSCURA LECCIÓN

De jóvenes, nos definía la inquietud del viaje, la búsqueda de las historias, su oscura lección. Hubo revueltas, incendios, páginas perdidas. Sobrevivimos, algunos libros y yo. Los años nos regalaron la calma tambaleante de los Lázaros, y una casa, una biblioteca, un alfabeto personal, un estarse callado, mirando, como quizás lo hizo aquel resucitado ante los bautizados del Jordán. Cuando creímos que los molinos se habían detenido, que ya dejaríamos de reparar las aspas del viento huracanado, tocó partir, comenzar a contar los pasos de nuevo.

Acá, ya tan lejos, llevo conmigo una *Historia sencilla de la filosofía* que perteneció a mi padre. Es de bolsillo, del año 1963. De joven leía aquel libro. Abatido, intentaba entender. De adulto, con la muerte al lado, abro de vez en cuando alguna página y me vuelvo a saber ignorante, tan nuevo en el mundo.

Hace poco descubrí, en la primera página, el grabado de una rosa, un dibujo sencillo, perfecto, como si allí, en esa imagen delicada, de trazos mínimos, se aposentara una lectura superior a todas las otras lecturas de esas páginas.

Voy hacia mis libros no sé con cuáles esperanzas. Algo me dan en su silencio, como si me supieran. Si no fuese por ellos, eso sí, ya me habría desvanecido, como un fantasma aterido por las esquinas vacías de la casa nueva.

EL ASILO DE LA SOMBRA

La sombra que camina sobre esta acera, sangre ligera, libre. La sombra de tu mano y las manos de tus hijos que te llevan. Porque los hijos siempre nos llevan. La sombra de una pendiente que se adentra en silencio hacia casas de paredes blancas amadas por el sol. La sombra de la lona que protege el queso oaxaca, el panela, las tortillas, el frasco de mole, las golosinas de panditas que tanto les gustan a tus niños. La sombra en las arrugas del viejo vendedor de la gorrita, en los zapatos del alto que poco habla y que es como un árbol, en la mirada rápida del más pequeño, que es como una ardilla.

La sombra que abriga unas van de turismo que no sé lo que aguardan. A veces los choferes duermen con la puerta corrediza abierta y las piernas estiradas. Un poco más allá, una caseta blanca donde una muchacha solicita taxis. El puesto de espera, sus sillas pacientes, el techo de cristal cubierto de hojas. Los taxistas, recostados en sus asientos, adormilados o mirando sus teléfonos. No deben dormir como los otros, o se hacen a la idea de que ellos no. No en su guardia.

La sombra es toda la verdad de la belleza. Su agua calma y hace del mundo otro mundo. La sombra siempre será asilo para los que han partido.

HERÁCLITO EN EL PARQUE

Mi niña corre, extiende los brazos, vuela. Su ronda abre distancias, me deja en una tierra lejana de mí, como recordando algo hace tiempo perdido pero nunca por completo olvidado, como si pudiese darle alcance, traerlo de vuelta, retenerlo.

Un parque, este parque de otra tierra, como en cualquier otro lugar, como el agua de un río, no vuelve, su belleza está en no volver.

HIJO EN LA OSCURIDAD

No lo miras, realmente no lo miras. Siempre giras hacia otro lado, ¿por qué? Lo ignoras, te ignoras. ¿Cuánto tiempo tienes sin mirarlo? Quizás no la hayas hecho jamás. Volteas, él se ha quedado dormido. Tu compañía lo hace sentirse seguro. Te atreves a mirarlo, tan cerca, tú de tan mil años luz. ¿A qué le temes? Lo ignoras, te ignoras. Piensas en aquel país lejano que se derrumba, en los dibujos de él, que imitan los tuyos, los que él ve en tus cuadernos, los que has hecho a su lado. En su salón de clases, en su cuarto, a solas, tu hijo te recuerda en sus dibujos. Quiere aprender de ti. Tu hijo está herido en alguna parte. Tu hijo está herido de padre, como lo están todos los hijos. Quiere ser para ti y no sabe cómo hacerlo. En silencio dibuja y escribe cuentos. Tu hijo también está herido de la soledad de los que emigran, de los que han dejado atrás sus asideros, sus mapas cotidianos. Lo miras, te atreves a mirarlo, algo en ti le pide perdón. Lo miras, y te das cuenta de que los estás haciendo con todo lo que llevas por dentro. Así miran los padres a los hijos, te dices. Los miran en silencio y cuando duermen. En cualquier parte, en cualquier planeta extraño. Los miran con amor, y se buscan en ellos. Quieres ser un buen hombre, un buen padre. Lo miras, intentas mirarlo, y vuelves a pedirle perdón.

AQUÍ DONDE ME QUEDO

Mi niña, el bracito sobre su madre. Se ha quedado dormida con un creyón en la mano. La cargo, la llevo a su cama, la arropo. En la madrugada se pasará a nuestra cama de nuevo. Su cabello en mi almohada. Su manito en mi cara. Al cabo, su pie en mi cara. Seguramente no podré volver a dormir bien el resto de la noche. Pero sonreiré. Pero sonrío.

CUMPLEAÑOS

Hoy le cantamos cumpleaños a mi hijo. Estuvieron una de sus abuelas y una tía con una de sus hijas desde Caracas, y otro tío, mi hermano, en compañía de mi cuñada y mi sobrino, desde la lejana Chicago. La abuela estaba en un celular, la tía con su hija en otro y mi hermano, mi cuñada y su hijo en un tercer celular en la ciudad de los vientos.

En nuestra nueva casa, los aparatos se hallaban recostados de una caja con las cámaras hacia la pequeña torta marmoleada y el quesillo que prepararon en casa, allí frente a mis dos hijos, mi esposa y yo, incluso el perrito. Y así, en México, desde Caracas, desde Chicago, le cantamos cumpleaños a mi hijo.

Hace mucho tiempo, en Epcot Center, vi también a una familia robótica haciendo lo mismo. No recuerdo si fue dentro de la gran esfera que está por la entrada futurista del parque o en Horizons, una atracción que se encontraba más adelante. Tendría yo unos diez y siete años, un poco menos quizás. Íbamos sobre aquellos rieles que te van haciendo el recorrido, así, sobre los carritos, viendo el montaje de las distintas vitrinas, cuando llegamos a un escenario donde una familia celebraba el cumpleaños de su hijo. La familia cantaba el cumpleaños feliz en compañía de sus abuelos y otros dos familiares, pero lo curioso del asunto era que los abuelos y los familiares estaban presentes gracias a unas pantallas, pues al parecer se encontraban a millones de kilómetros, en alguna parte del pla-

neta tierra, mientras que la familia parecía estar en alguna estación espacial.

En ese entonces, cuando pensaba en el futuro de la humanidad, lo imaginaba tal como lo había visto en Epcot: un futuro luminoso de alta tecnología y sistemas de comunicación tan sofisticados como aquel en el que una familia que vivía fuera de la tierra se permitía cantarle cumpleaños a su hijo en compañía de sus abuelos «terrestres».

Aquella manera de comunicarse sí llegó para toda la humanidad. Ahí están las pantallas de los celulares, su sistema de audio, de video; pero el futuro, para nosotros, para mi familia, para muchas familias de Venezuela, terminó siendo un secuestro del espíritu. Nuestro viaje, nuestra salida, nuestra migración no fue hacia las alturas del cosmos y de la tecnología; nuestro viaje fue o comenzó dentro de una oscuridad que de a poco nos masticaba y nos deglutía hasta llegar al horror de las dentelladas.

Hoy le cantamos cumpleaños a mi hijo. Tiene ahora trece. Nació con la revolución, la padeció, fue testigo, vio un tiroteo, supo de muertos cercanos, supo de la angustia del hambre y de la falta de dinero de sus padres.

Hoy le cantamos cumpleaños a mi hijo, en otra casa que no es nuestra casa, en otro país que no es nuestro país, en presencia de una familia convertida en píxeles, en fantasmas digitales, en pantallas de celulares.

Hoy fue hermoso cantarle cumpleaños a mi hijo, sí, con sus tíos y una de sus abuelas. Pero también dolió, también dolió.

EL POLVO DE LOS CINES COMO UNA FORMA SECRETA DEL UNIVERSO

El fantasma de mi padre, todo él es una galaxia. Iba de negocios a Caracas y andaba por el metro, por sus pasillos, en sus vagones que se tragan el tiempo. Así lo imaginaba: una silueta conformada de polvo cósmico que remontaba el gran agujero de gusano que es la velocidad bajo tierra.

Un hombre solo, mi padre. Solo desde el origen, desde cada partícula recién nacida en el vacío, desde cada paso que se expande hacia adelante y arriba. Nada le fue obsequiado a mi padre, ningún Universo fue su lotería.

Al final de su día de trabajo, íbamos al cine. Me invitaba, me llevaba. Nunca estaba agotado para mí. Juntos atravesábamos la petulancia de los siglos hacia el haz de luz que con parsimonia transfigura la sala de cine en una postal siempre inédita de las regiones más secretas de los confines.

Recuerdo alguna noche, ya saliendo de un filme. Hacía frío y caminábamos apresurados, con las manos en los bolsillos, hacia el estacionamiento, hacia el carro. Mi padre y yo. Mi padre de carne y hueso.

Había un halo reverencial en aquello, de lengua sin taxonomías, de silencio sin pensamientos, sin hombres con mano en la barbilla ni lecturas críticas de *Cahiers du Cinéma*.

Esa aura todavía permanece cuando llevo a mi hijo, cuando estamos sentados en la plenitud de lo oscuro y callamos y sobre nuestras cabezas giran las pequeñas constelaciones de la sala. Quizás algún día mi hijo me recuerde y piense en galaxias. Aunque poco importa si no es así. Que siga yendo a los cines, sin mí, conmigo ya fantasma, materia informe del universo.

UNA MUJER DE HUESOS DUROS

Una mujer de huesos duros y voz suave, una mujer que se mantiene de pie y nos mira. Mi madre y mis tías ucranianas tienen ese temple. Ella y mis abuelos, que nunca volvieron de dónde habían partido.

Mi madre limpia y vuelve a limpiar la casa. La quiere en orden, perfecta. Se conoce cada rincón, cada sombra de cada esquina. Es quizás su manera de saber que al menos un lugar en el mundo le pertenece. Es su casa, allí crecieron sus hijos y murió su marido, que no le alcanzó la vida para ser abuelo.

Mi madre lee con sus anteojos sentada frente al televisor apagado. De rato en rato alza la mirada, se queda pensando en sus nietos y en nosotros, sus hijos, que sí nos fuimos, y no sabemos si volveremos.

Una mujer pequeña de huesos duros ya gastados. Una mujer que resiste y nos piensa. Cada pensamiento suyo es un rezo, una mariposa monarca que llega hasta nuestras casas nuevas y nos trae un respiro de esa luz del Caribe que dejamos atrás, en la casa impoluta y tibia.

LA CRUZ DE MIS ABUELOS

Tengo una cruz ucraniana en una pared de mi casa nueva. Es un cabo tendido hacia la memoria, nunca suelto, o eso he pretendido estos años. Fue hecha a bordo, cuando mis abuelos y sus hijos atravesaban el océano hacia tierras calientes. Un carpintero paisano labró la madera con una navaja sencilla, las piernas cruzadas sobre cubierta y el mar al fondo. Cuando tocaron puerto, aquel hombre les regaló la cruz a mis abuelos. Lo hizo con la bondad descarnada de quien sabe que morirá traicionado por la vida. Nunca más supieron de él. Tampoco volvieron a Ucrania. Murieron lejos, en el trópico, ya viejos, para siempre náufragos. Náufragos con cabos en la memoria.

Mi abuelo contaba historias sentado en un sillón, con un vaso de vodka en la mano, siempre enojado y con sonrisa a media asta. Ese era mi abuelo, un hombre herido que sonreía como lo hacen los que ya no creen en nada. Hablaba del *chernoziom* y de caballos. De los campesinos que le temían el látigo de su padre, de la muerte horrenda de aquel terrateniente temido. De los comunistas, de las cruces en los caminos, de las explosiones de las minas, de las metrallas, de la noche que huyeron de Ucrania. Hablaba de trenes, de aviones que lanzaban bombas sobre los trenes. También de barcos. Y de la cruz que fue labrada a bordo.

Mi abuela era de baja estatura y hablaba un español rudimentario. Cuando le decían que iban de paseo, se alistaba por lo menos una hora antes. En una silla,

con su cartera sobre las piernas, aguardaba masticando agua, moviendo la cabeza, como un pajarito sobre la hierba. Había sido, eso sí, una magnífica cocinera experta en *halušky*, *varénique* y *solozhenik* de manzana. Te veía delgado y te decía que estabas enfermo. Te veía pasado de peso y te decía que estabas bonito, sano. Murió mucho tiempo después que su marido, ya ciega, sorda, sin palabras. Pero su armario, barco en tierra cargado de fotografías y recuerdos, aún tendía los cabos, hacia atrás, hacia atrás con aquellas reliquias de la memoria, lo que fue dejado, los restos de la guerra, pero también de una vida. Los restos, sí, de una vida.

Mis abuelos están enterrados lejos de Ucrania, y ahora su cruz se sostiene en un muro a miles de kilómetros de mi tierra. Yo también soy náufrago. Yo también llevo mis cabos y mis vértebras y me encorvo, miro el horizonte, más allá de los temporales, y me digo que algún día volveré a estar erguido. Mi abuelo, mi altivo abuelo, sufría de la espalda. Mi madre también lleva ese peso. Hay otros equipajes, invisibles, que tanto o más pesan. Las cruces de los náufragos, de los parias. Las cruces que heredamos, que nos arden en el pecho.

ANILLOS

El primero lo compré hace muchos años en un mercado de pulgas de Nueva York. Era de plata, todos mis anillos son o parecen de plata. No recuerdo bien su diseño. ¿Eran dragones? ¿O eran flores? ¿Quemaban o eran quemados? Aquel anillo estuvo conmigo un par de décadas. Terminó partiéndose en dos. Mi viejo anillo de muchacho desquiciado. Lo boté, nunca creí que fuese un símbolo de nada. Nunca creí que sus partes marcaran la frontera entre aquel muchacho y este hombre, no sé si menos loco. Ese anillo convivió con otros. Algunos me los robaron pistola en mano en Caracas, la ciudad que fue mía por tanto tiempo. No cabía otro fin de historia, así de inhumana se ha vuelto Caracas. También hubo otros que compré en México en algún bazar de artesanías. Este que ahora llevo tiene un elefante, un viejo con bastón, un trébol de cuatro hojas, una pata de conejo, un número 13, un búho, una herradura. Necesito esa suerte, necesito creer en ella. Necesito creer en mis anillos. Quizás en verdad son una frontera. Cuando estás lejos, cuando te has ido, es mejor recordar quién fuiste, quién eres y quién no quieres ser.

PAPÁ EL DE LA BARBA

En verdad papá fumaba muy poco. En verdad papá nos llevaba todas las mañanas a la escuela, y era agradable su silencio que daba reino a los pájaros. En verdad papá nos dejaba comer algunos dulces (más que mamá) y acostarnos un poco más tarde. Verdad que le quedaba bien su barba y le lucían sus anillos. Cocinaba muy rico y le gustaba fregar platos, a pesar del cansancio. Nos llevaba a museos y al cine y quería que fuéramos mejores (aunque los museos nos producían un sopor enfadoso). Verdad que le hacíamos la vida imposible, y se aguantaba y se aguantaba. En verdad quería a mamá. En verdad parecía un gato solitario.

Nunca lo supimos todo de él.

Era un buen hombre, papá. En verdad lo era.

LLAVES AL FONDO

En la casa guardada, vacía, no hay quien admire la luz sobre el cauce sereno del piso, en las efímeras catedrales sobre los muros o en los muebles transfigurados. A nadie le da refugio la casa. Sus llaves, ajenas al calor de las manos, languidecen al fondo de un cajón en este país lejano.

En tres ocasiones he olvidado dentro las llaves de la casa nueva. A la tercera, el cerrajero y yo nos hemos reído. No es de reír, lo sé. Hablo de quedar a la intemperie, de enfrentar el rechazo de la casa recién habitada y que no es realmente mi casa. De estar consciente de que al otro lado están también las llaves que nunca perdí, las llaves de la casa guardada, vacía.

DE RAÍZ

Diagonal a mi edificio están levantando otro. Puede verse desde mi ventana, apenas comienzan, van ganando terreno. Esta mañana, descubrí un árbol con sus raíces al desnudo. Un árbol arrancado, caído. Abajo, una valla asegura que en esa construcción no se talan árboles. Es así, los sacan de raíz, se los llevan y los siembran en otra parte, en otra tierra. Aquel aún estaba allí, en su abandono, estorbo gigantesco en medio de las máquinas y los obreros, allí, sobre el suelo pardo, oscuro, aplanado. Lo mudarán, sí, lo llevarán a otro lugar. No será nunca más del lugar donde sus raíces crecieron, se aferraron y se hicieron fuertes. No será más de esa tierra, de ese paisaje ni de esa brisa. Lo arrancaron, lo derrotaron, lo tiraron al suelo, y ahora lo arrastrarán, se lo llevarán a otro lado, lo sembrarán, y dirán, «Acá, es nuestro designio, acá». Aun así, todo hay que decirlo, aquel árbol tiene más suerte que muchos. Volverán sus raíces a hundirse en la tierra, se alzarán de nuevo hacia el cielo, respirará.

LA ERMITA DEL GATO QUE ACOMPAÑÓ A FU MANCHÚ

Yo soy el silencio de mi gato. Su impronta es la de una ermita recogida, sin oraciones ni súplicas. Ninguna tontería del hombre ha de profanarlo, nadie ha de nombrarlo, nadie es digno.

Mi viejo áspero que soportó tan de cerca mis peores felonías esperó hasta un lunes con su cuerpo tendido cuan largo era y su enorme cabeza hacia el fondo, también recostada. Era un eco de cantos aquel gato. El eco de un góspel remoto. O de un blues. Una sombra sabia, eso era.

Dije su nombre, volteó a verme, me bufó, el jodido gato me bufó, como todo gato serio, que te bufa y se va leve con sus bigotes, como de costumbre, llevándose un código secreto que estuviste a punto de entender.

En ocasiones, las necesarias, volteo hacia abajo, buscándolo entre mis piernas, o hacia dentro, o hacia sus alturas imprecisas. Más que mirarlo, él me mira, irrefutable desde sus largas y serenas vidas, como sombras y luces góticas sobre los adoquines de un templo sin religión, un refugio de tormentas donde van a parar los hombres que han luchado contra ellos mismos hasta morir, hasta resucitar. Hombres que escupieron sangre negra. Hombres que ya vienen de vuelta.

Mi gato es la ermita perdida que todos buscan.

Mi gato, que se vino conmigo.

MUSEO

Hoy caminé entre turistas. Rondaban con su paso de tiempo que barbota libre, tomaban fotos, un poco se aburrían, ligeros en sus colores y sus sandalias, como pequeños dioses que bajan a la tierra para contar luego que estuvieron, que no dejaron de ir. Iban por completo los turistas, con todo su ser y todo el músculo que les otorga su olimpo.

Hoy también caminé entre colegiales y maestros. Los niños reían, estaban y eran en su complicidad. A los maestros tan sólo les importaba mantener la fila, que ninguno se les perdiera. Una joven maestra rozaba la mano de un joven maestro.

Brillaban, eran espléndidos, los adultos, los niños. Nadie se tomaba muy en serio. Era un paseo, siempre ha sido un paseo, a pesar de la tarea para después. Al final les esperaba un autobús, las mochilas, la foto en grupo, una comida caliente en casa. En casa, tan cerca.

Hoy caminé entre turistas y gente de acá, heredera de su museo. Buscaba y me buscaba, entre las sombras y las salas. Buscaba una voz. Algo que me dijera, «Aquí, ven, aquí está, llévatelo y reposa, sujétalo en tu pecho, aquí, es tuyo».

ZAPATOS DE COLEGIO

Tal como papá hacía, yo también pulo los zapatos de mi hijo. De cuando en cuando, al caer la tarde, me acompaso a la respiración del cosmos y con aliento ferviente voy llevando mi mano, el cepillo con el betún, el trapo que lustra el cuero de sus zapatos de colegio.

Esta mecánica serena, este recogimiento que persiste, acá cerca, acá lejos, en cualquier tierra, fue y sigue siendo un ritual de padres y de hijos, de digna soledad de padre (porque los padres, al final, están solos), de gente que, en cualquier esquina del planeta, es gente buena.

POESÍA PARA LLEVAR

Me dice que tiene frío, nos detenemos. En torno, la vorágine de la mañana, la estampida de las grandes vías. Me inclino, empiezo a ceñir el saco de mi niña. Una serena revelación me excede, me colma.

LA VIDA Y EL PÉNDULO

Me dice, *Hoy vamos, hoy vamos al Péndulo*, y me lleva a los libros, al café. A la mesa apartada, acá bajo el árbol. A su reverente lectura de la novela gráfica que vino a comprar. A su bebida fría. A su hambre de flautas y chilaquiles. Yo seré padre, él será hijo. Quedaremos escritos, dibujados.

CAFÉ

Aspirar el aroma de la taza llena, rodear con las palmas el calor de la porcelana, mojar la grieta de la boca reseca, sentirlo de nuevo café. Que tenga la importancia de una mañana libre en la que un hombre pasea y mira o compra libros, sin pensar en otra cosa. Que sea así de sencilla, así de discreta la vida nueva, por un instante.

Dejar de leer el miedo en los posos de la vida nueva. Que el café valga la pena.

CLIMA

Hacia mi venían tus huellas, tu fábula y tu clima

VICENTE GERBASI

Te traes tu clima. Lo dice Gerbasi en el poema a su padre. Te traes tu clima, que es como un ensalmo, las fogatas suaves que llevas por dentro. Te traes tu clima, y aun así te congelas en esta tierra extraña y de alturas a la que te has venido. Padece tu cuerpo que recuerda, que nunca olvida sus fábulas. Tu cuerpo que piensa en el mar, en las olas que suenan en su piel, en el tacto tibio de las rutas trazadas sobre la arena, un día feliz, uno cualquiera. Te sangra la nariz, tiritas, te abrazas al cuerpo de tu mujer, te abrazas a tus hijos, suplicas, maldices. Te traes tu clima, las historias de lo que fuiste en tu clima. Y quieres seguir creyendo que aún eres, que lograrás plantarte en la colina y gritar contra el viento gélido:

Aquí yo vivo, aquí yo soy el hombre.

HISTORIA SENTIMENTAL DE LAS COSAS

*a Alexandra Kuhn,
que me dio la idea*

En la tierra nueva las cosas están vacías de ti. Son titanes, fronteras de acero, altivos silencios que hieren. Haz de tender hilos sutiles, afectos mínimos que se acerquen cada día un poco, como la mano paciente que busca el lomo del leopardo. La grieta sobre la acera es más hermosa. Y es más mía. Tiendo sí, y recojo, ofrendo estas historias leves, necesarias.

ÍNDICE

PLEGARIAS DEL TIEMPO DURO

- 4 Dolor y poesía
- 6 Quebrado
- 8 P y el miedo
- 10 Vida
- 12 No se detiene
- 13 Tú también fumabas
- 15 Ciudad sin faros
- 16 La noche es cada vez más oscura
- 21 Libros por comida
- 22 De la sustancia fronteriza
- 24 Instagram (y) el monstruo
- 26 Colisión de galaxias
- 28 La mística de las aceras
- 30 Llevan velas en las manos

PLEGARIAS DEL MUCHACHO QUE ESTUVO EN LA GRAN CIUDAD

- 32 En la piscina del Hotel Tamanaco
- 35 El búnker del arte
- 38 Bukowski en el Ateneo
- 47 El esotérico Barco de Colón
- 53 La épica del CCCT

PLEGARIAS LEJANAS

- 62 Kvarnsjön, Suecia
- 63 256 W 52nd St., Nueva York

- 64 Abuya, Nigeria
- 65 Oaxtepec, México
- 66 Knud Rasmussen Land, Groenlandia
- 67 Atoms Creek, Orlando, Florida

PLEGARIA DE LA MUDANZA

- 70 Tiempos difíciles
- 71 Maletas
- 72 Oscura lección
- 73 El asilo de la sombra
- 74 Heráclito en el parque
- 75 Hijo en la oscuridad
- 76 Aquí donde me quedo
- 77 Cumpleaños
- 80 El polvo de los cines como una forma secreta del Universo
- 82 Una mujer de huesos duros
- 83 La cruz de mis abuelos
- 85 Anillos
- 86 Papá el de la barba
- 87 Llaves al fondo
- 88 De raíz
- 89 La ermita del gato que acompañó a Fu Manchú
- 90 Museo
- 01 Zapatos de colegio
- 92 Poesía para llevar
- 93 La vida y el Péndulo
- 94 Café
- 95 Clima
- 96 Historia sentimental de las cosas

Fedosy Santaella

Puerto Cabello, Venezuela, 1970

Ha publicado con editoriales como Alfaguara, Ediciones B y Bid & Co. Sus dos novelas más recientes, *Los nombres* y *El dedo de David Lynch*, fueron editados por Pre-Textos (España). En 2009 fue becario del programa internacional de escritura de la Universidad de Iowa. En 2010 quedó entre los diez finalistas del Premio Cosecha Eñe de España. En 2013 ganó el concurso de cuentos de El Nacional (Venezuela). Ese mismo año estuvo entre los nueve finalistas del premio de novela Herralde. En 2016 se hizo acreedor del premio internacional Novela Corta Ciudad de Barbastro. En 2017 obtuvo mención de honor en poesía en la I Bienal Eugenio Montejo (Venezuela). En 2018 publicó el libro de poemas *Tatuaje criminales rusos* (Oscar Todtmann Editores). Algunos de sus textos han sido traducidos al chino, al esloveno, al japonés, al ruso y al inglés.



COLECCIÓN *Comarca Mínima*